

BUEN HUMOR



40 CENTIMOS



—Mira, aquel es el novelista Rufino Sánchez. Vende sus obras como el pan.

—Sí, ya sé. ¡Al peso!

Ayuntamiento de Madrid

Dib. ALLOZA.—Zaragoza



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605, Habana

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

Los famosos polvos insecticidas

LEYER Y COMP.^A

Son infalibles para la destrucción de toda
clase de insectos

NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE SEPTIEMBRE

Tercera serie de soluciones

JUAN GOIBURU.—Villafranca de Oria (Gulpúzcoa).

Señorita Nicasia Venguria.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes acompañada con su hermano Ildefonso, quedé apasionadamente enamorado de Vsted y de su modo retrechero de llevar con sigilo un hombre que ni fumo ni bebo, Nicasia, y mi vida de aquí en adelante será sujeta arrabalero. Y por eso la envío esta suma de ptas. 87439 para devolvérmelo con un plazo largo, si aceta recibiría un no que precedería breves motivos convenientes para mi en este momento. Esperando que no será estrañada al recibo de esta su más tierno y rendido adorador q. b. s. manos Aristogrataco, suscribe.

2 Septbre 1930.

Beitia.

LUIS GARCIA ESTERAS.—Anguita (Guadalajara).

Señorita Nicasia Vuelveloco.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes de casarse su hermana con mi amigo Ildefonso, quedé apasionadamente chiflado y noqueado al ver su modo retrechero de llevar el cinturón. Desde entonces ya ni bebo, Nicasia, y mi vida de hoy es mucho peor que la de un arrabalero. Y por eso la envío mi coche matrícula número 87439 para devolvérmelo con su contestación. No creo que sea un no que precedería breves minutos a un salto mío desde el acueducto. Esperando que no será desfavorable su respuesta, aquí está su más tierno y rendido adorador "in secula seculorum" Aristogabalo Adios

2 Septbre 1930.

Particular.

JOSE MARTIN CRESPO.—Madrid.

Señorita Nicasia Vampiresa.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes a tomar el tranvía Embajadores-Ildefonso, quedé apasionadamente entusiasmado por su modo retrechero de llevar el corsé; así que ni juego a la taba ni bebo, Nicasia, y mi vida de jugador de más no es de sereno arrabalero. Y por eso la envío un pliego marrón con besos 87439 para devolvérmelo con otros tantos de su linda boca o con un no que precedería breves minutos a mi mas sentido óbito. Esperando que no será tan pavia, besa sus terribles labios san- su más tierno y rendido adorador. [grientos Aristogamo del Ruiz.

2 Septbre 1930.

franquear con un
sello
móvil de quince,
de diez o de lo
que sea.

CARMEN RODRIGUEZ.—Barcelona.

Señorita Nicasia Varro.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes de ayer paseando por el Paseo de San Ildefonso, quedé apasionadamente enamorado de V. al ver su modo retrechero de llevar el mantoncillo. no duermo ni como ni bebo, Nicasia, y mi vida depende de V. la adoro y quiero como un arrabalero. Y por eso la envío este billete de 100 que le cayo n.º 87439 para devolvérmelo con urgencia así como dandome un sí o un no que precedería breves minutos a mi desesperación y locura. Esperando que no será desatendida la súplica que le hace su más tierno y rendido adorlescente q. b. s. p.

Aristog nes López.

2 Septbre 1930.

Presente.

JUAN NAGORE.—Barcelona.

Señorita Nicasia Vallejo.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes de ayer paseando por la calle San Ildefonso, quedé apasionadamente enamorado por su modo retrechero de llevar el mantón de Manila. Ni como ni bebo, Nicasia, y mi vida depende de su garbo arrabalero. Y por eso la envío mi retrato y el n.º del Teléfono 87439 para devolvérmelo con una respuesta afirmativa o con un no que precedería breves minutos a mi muerte. Esperando que no será Ud. tan cruel, se despide su más tierno y rendido adorador.

Aristogenes Pérez.

2 Septbre 1930.

Prat de Llobregat.

VICTOR SABATER.—Barcelona.

Señorita Nicasia Vodríguez.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes de ayer por la calle de San Ildefonso, quedé apasionadamente enamorado de V. Al ver su modo retrechero de llevar el mantón, que no duermo, ni como, ni bebo, Nicasia, y mi vida depende de lo que V. conteste a este arrabalero. Y por eso la envío un vigésimo con el número 87439 para devolvérmelo con un sí en caso de ser favorecido y un no que precedería breves mtes de esperanza en caso de no serla. Esperando que no será molestarla, se despide de V. su más tierno y rendido adorador que la quiere,

Aristogenes González.

2 Septbre 1930.

Madrid.

MOZAN GIAREMO.—Madrid.

Señorita Nicasia Valdecilla.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes de ayer por la calle de San Ildefonso, quedé apasionadamente prendado de usted por su modo retrechero de llevar el garbo. Créame Vd., ni como, ni bebo, Nicasia, y mi vida depende en un todo de su cuerpo arrabalero. Y por eso la envío mi carnet con mis señas número 87439 para devolvérmelo con una esperanza, pero nunca con un no que precedería breves minutos a esta misera existencia. Esperando que no será Vd. cruel conmigo, se despide su más tierno y rendido adorador que la ama,

Aristogenes Menéndez.

2 Septbre 1930.

Madrid.

LEON CEMBRANO.—Madrid.

Señorita Nicasia Vélez.

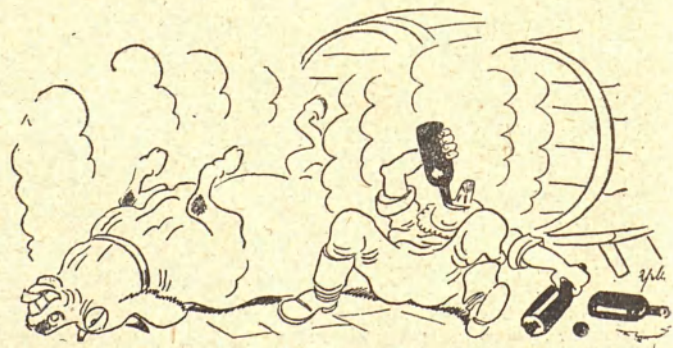
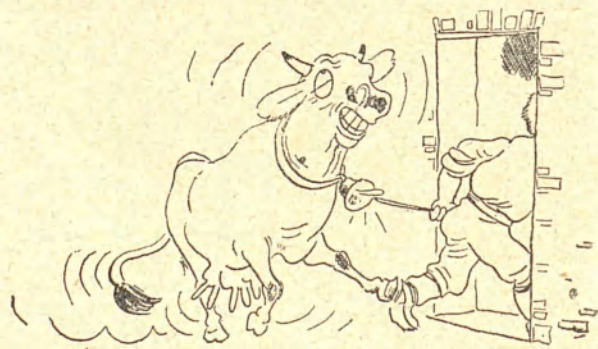
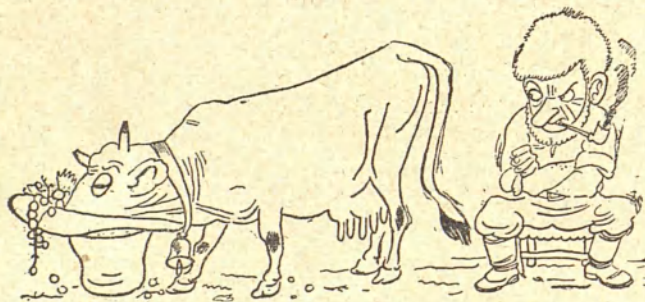
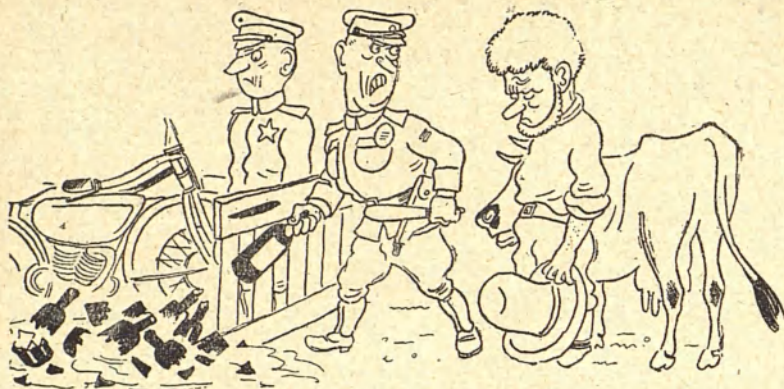
Encantadora señorita,

Cuando la vi antes de anoche en la plaza de San Ildefonso, quedé apasionadamente enamorado de su belleza y de su modo retrechero de llevar el castizo mantón; desde entonces no [como ni bebo, Nicasia, y mi vida depende del sí que espera de Vd. a este arrabalero. Y por eso la envío el presente billete amoroso número 87439 para devolvérmelo con el ansiado sí que de Vd. espero o un no que precedería breves minutos mi preciosa existencia. Esperando que no será desatendida mi súplica, queda de Vd. su más tierno y rendido adorador q. b. s. p.,

Aristogenes Enamorado.

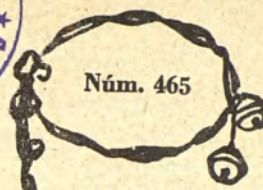
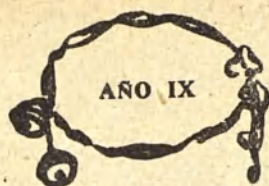
2 Septbre 1930.

s/c Bola, 7.



Maravillosa invención de un norteamericano que era perseguido constantemente porque no respetaba la Ley Seca.

(De Il Travasso delle idee.)



El moderno bello Narciso

NARCISO Barbilindo, como su homónimo el personaje mitológico, se hallaba desatinadamente enamorado de sí mismo.

Barbilindo, que ejercía la profesión de oficial peluquero, solía pasarse la jornada entera contemplando su preciosa figura reproducida en los espejos del establecimiento.

Sobre todo, al divisar en el azogado vidrio aquella fascinadora testa de gran melena, mostacho corto y parpadeante caída de ojos, Narciso solía interrogarse:

—Naturaleza, ¿cómo has dado al mundo un hombre así de bello?

Por contraste, un tal don Romberto, prestamista, quien tenía hecho un empréstito de tres mil pesetas a Barbilindo, sin conseguir el reembolsarse de la suma, se preguntaba:

Naturaleza, ¿cómo has dado al mundo un hombre así de sinvergüenza?

Embebido por su egolátrica obsesión, muchas veces Narciso ni se daba cuenta de las frases por él pronunciadas, padeciendo errores cómicos. Así, en bastantes ocasiones, si sentábase una lama para ser servida, el distraído peluquero hacía esta pregunta:

—Señora, ¿cómo quiere usted que le deje la barba?

O también, al tomar asiento un parroquiano, a lo mejor el absorto peluquero formulaba otra absurda interrogación:

—Señor, ¿qué va a ser? La melena a lo Colón, ¿no?

Pronto se propaló por la capital la existencia de un individuo tan sumamente guapo en una modesta peluquería de barrio. Empezaron a llegar al establecimiento infinitas damas curiosas.

—¡Es una idealidad! ¡Vaya tipo de hombre!—decían las féminas que acudieron a admirar la elegante figura de Narciso.

Cada día concurrían más mujeres al establecimiento. La clientela masculina, debido a la

invasión femenil, no pudo acudir más a la barbería. Al no haber todas las señoras en el interior de la tienda, esperaban turno en la calle, formando cola.

El bello peluquero comenzó a recibir innumerables cartas de declaración, en las cuales fogosas enamoradas le proponían el matrimonio. Barbilindo mostrábase insensible a tales requerimientos.

Muchas damas, al ser servidas por los otros oficiales, tenían que resignarse sólo con contemplar a distancia al maravilloso Narciso. El dueño del establecimiento, en vista del éxito, elevó las tarifas.

Don Romberto, el acreedor de Barbilindo, continuaba sin cobrar, armando por ello grandes broncas al oficial peluquero. Cierta vez, amenazó:

—Como no me pague usted las tres mil pesetas, le deshago la belleza de un garrotazo.

Cierto día desapareció de la capital Narciso, sin dejar el más leve rastro detrás de sí.

¿Cuál era la razón de aquella fuga? ¿Se hallaba hartado empachado de honores? ¿Pretendía cambiar de horizontes? ¿Tomó miedo a don Romberto el acreedor?

Dos años después.

Aquella sala de cinematógrafo hallábase abarrotada de elegante público. Sobre la pantalla se leyó:

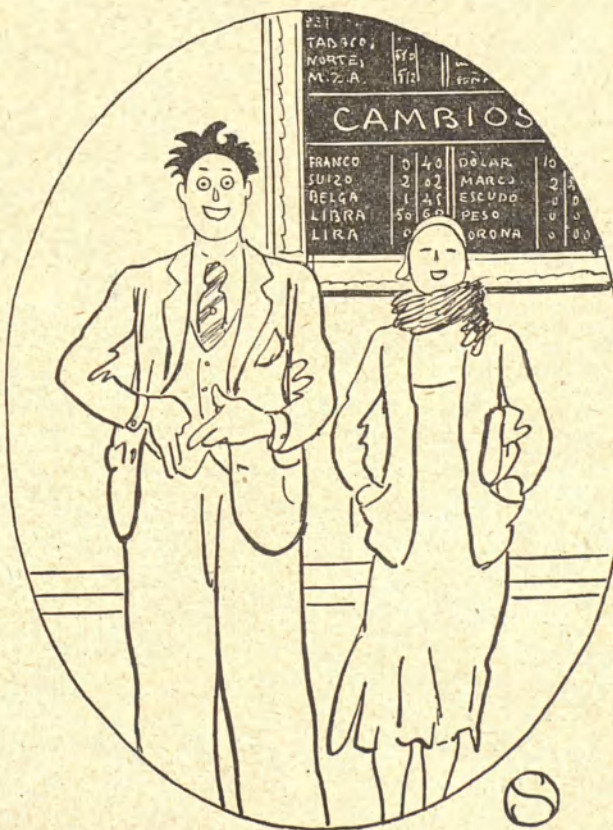
"Artistas Desasociados, S. L."

presenta a

SINDULFO TOMASETTI

en la superproducción

«Poeta, pero con vergüenza»



Dib. SILENO.—Madrid. *

En destacado primer plano, apareció la interesante cabeza del protagonista. Fascinadora testa de gran melena, mostacho a la moda y parpadeante caída de ojos...

Numerosos espectadores, entre los que se encontraba el prestamista don Romberto, reconocieron rápidamente a aquel actor. ¡Sindulfo Tomasetti era Narciso Barbilindo! He aquí la preciosa efigie del antiguo peluquero, divulgándose por todas las partes del mundo, merced a la inabarcable extensión del cinematógrafo...

Sucesivos, se escucharon en la sala los siguientes comentarios, hechos por bocas femeninas:

—¡Ay! ¡Qué hombre más guapo!

—¡Socorro! ¡Que retiren pronto tal fotografía, pues me marca la extraordinaria belleza de ese artista!

—¡Realmente, la Naturaleza

se ha cebado concediéndole perfecciones!

—¡Sindulfo Tomasetti, eres irresistible!

Respecto a los varones, sólo se escuchó en la sala una opinión. La expuso don Romberto, afirmando:

—¡Sindulfo Tomasetti, eres insoportable!

Narciso Barbilindo, conocido ya en todo el orbe por su nombre artístico de Sindulfo Tomasetti—primer galán cinematográfico del planeta—, se encontraba, vestido con un pijama color salmón, en el cuarto de baño de su residencia. Claro está que el ex peluquero proseguía igual de enamorado de su propia figura. Por ello, idénticamente que el personaje griego de la mitología, en tales instantes Barbilindo contemplaba su bella efigie copiada en el agua de la bañera.

Cuando hallábase en tan elegante posición el pelculero, penetró en el lugar el prestamista don Romberto, manipulando un grueso garrote.

—Barbilindo—dijo el acreedor—, he viajado en zepelín desde Madrid a Hollywood... Vengo a que me abone usted las tres mil pesetas que me adeuda... A mí, burlas, no...

—No pago nada—replicó cínicamente el peluquero.

Don Romberto no añadió palabra, limitándose a descargar un golpe de garrote en la fascinadora testa de Barbilindo. Narciso, privado de conocimiento, cayó de chapuzón dentro de la bañera.

Sensación enorme en todo el mundo al conocerse la espantosa noticia.

¡Sindulfo Tomasetti, el "as" de la cinematografía, aparecido misteriosamente ahogado, vestido en pijama! Los periódicos dedicaron muchas planas al dra-

mático acontecimiento... ¿Por qué perdió la vida Tomasetti metido en una bañera? ¿Sufrió un síncope? ¿Hallárase Sindulfo desesperado de la existencia? ¿Se trataba de un suicidio por amor? Nunca se aclaró el enigma.

Con todo, la tragedia dió motivo a un hecho reconfortante.

El día que se efectuó el sepelio de Narciso Barbilindo, sus admiradoras, todas las mujeres del mundo, dieron muestra de profundo dolor por la desaparición del bello sujeto, celebrando monstruosas manifestaciones de duelo.

Se mostró entonces una halagadora solidaridad en la pena, nunca observada anteriormente en el planeta, ni frente de los mayores cataclismos. Dolor unánime e intenso el sentido por las féminas. Bastantes señoras, por lo hondo de su aflicción, sufrieron desmayos.

LUIS ESTEBAN



—¡Ay! Roberto, lo que te quiero. Si tú fueras bueno...

—¿Vestido o sombrero?

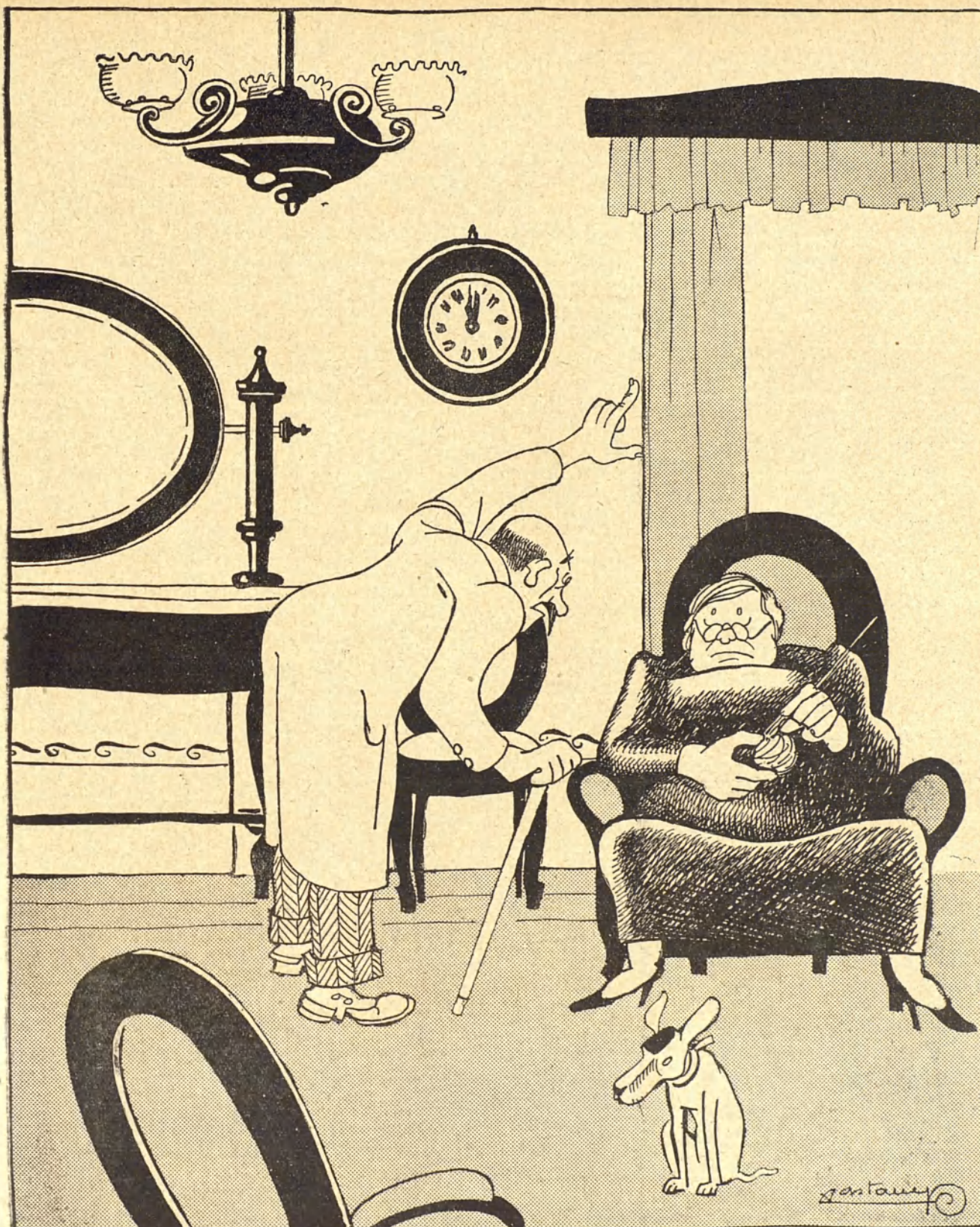
Dib. KAR.—Valencia.



—Pero, hombre, no sé por qué se queja usted. Ahora, por dos reales, se come en cualquier sitio. ¿Qué más necesita usted?

—¡Ay, qué gracia! Los dos reales.

Dib. PEIRÓ.—Madrid



—¿Que es usted el afinador del piano? ¡Pero si yo no le he llamado a usted!
—Ya lo sé, señora; ha sido el vecino de arriba.

Dib. CASTANY.—Barcelona.

¡¡EL SEGUNDO!!

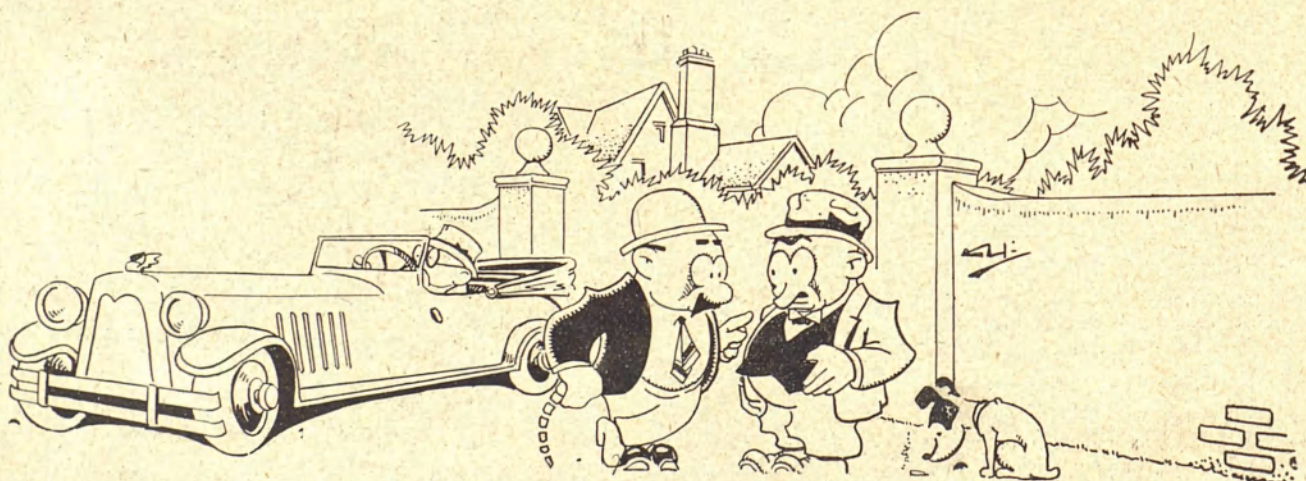
"Por vez primera he dado, lector amigo, con un chofer de punto, vamos, de abrigo, que me ha llevado dentro de su cabina y me ha dado las gracias por la propina. Sí, las gracias. No es cuento. No son quimeras, y a que es verdad te apuesto lo que tú quieras. Si yo fuese como Angel Garabatillo, que da una perra chica o un cigarrillo de propina al sufrido chofer ligero tras de hacerle que corra Madrid entero, yo me explico que, aun siendo fino y decente, no me diera las gracias, naturalmente; pero ¡por Dios bendito!... ¡si en muchos casos les doy yo cuatro reales por cuatro pasos!... Pues, nada; ni uno encuentro de buen talante, que me eche una sonrisa desde el volante. Agarran las monedas los pobrecillos y a escape se las meten en los bolsillos ¡sin decirme la frase más peregrina por el desprendimiento de la propina! Por eso, esta mañana, cuando me ha dado mi conductor las gracias, yo me he quedado (no te exagero nada) tan sorprendido, que, aunque he debido hacerlo, no me ha ocurrido preguntarle las señas de su morada ni el número del auto, ni la parada,

ni su nombre, ni el pueblo donde naciera, ni si tenía chicos y compañera...

Y lo siento, caramba, pues, a fe mía, como caso estupendo publicaría en la misma revista que este relato, su vida, sus costumbres y su retrato. Porque, amigo, ¡ahí es nada topar con uno que al cabo de los años, sin gesto alguno, tras dejarme en la puerta o en una esquina, me haya dado las gracias por la propina!..."

Poco más, poco menos, en dos cuartillas (y también en la forma de seguidillas) esto dije, señores, hace dos años, muy pocos días antes de irme a los baños. Desde entonces (y conste que no exagero) no me ha dado las gracias otro cochero; y hoy que el de un buen Citroën me ha conducido y al cobrar se ha mostrado reconocido, con placer me apresuro, todo asombrado, a decirles a ustedes que, al fin, he hallado un chofer, ¡EL SEGUNDO!, que en forma fina, me haya dado las gracias por la propina.

JUAN PEREZ ZUÑIGA



- ¿Cuánto me cobraría usted por enseñar a mi señora a guiar?
- Tres pesetas la hora.
- Muy bien. Tome usted dos mil a cuenta.

Dib. URDA.—Barcelona.

CONSULTORIO DE «BUEN HUMOR»

SANTIAGO BOFARULL CORNADO. TARRAGONA.—No tiene usted razón al aseverar que su esposa se ha colocado fuera de la ley por el hecho sencillo e inocente de habérsela dado a usted con queso en unión de un amigo traidor, inconfeso y mártir. Usted es notario y parece mentira que, siéndolo, ignore usted que lo que han hecho su señora y el adjunto amigo tiene todas las de la ley.

Y tiene todas las de la ley porque el triste suceso ocurrió delante de las narices de usted. Por lo tanto, como la cosa ha sido *ante notario*, resulta que tiene validez de documento público. ¡Nada menos, señor mío!

¡Con que a ver qué hace usted ahora para demostrar la ilegalidad de un hecho que, aunque le haya a usted fastidiado mucho, es de lo más legal que se ha realizado en estos últimos tiempos...!

PEDRO POTINGUEZ. CARTAGENA.—Sí, señor. No le han engañado a usted. El político más finísimo y educado del antiguo régimen (que ahora vuelve a ser nuevo y flamante) es don Joaquín Sánchez de Toca. Y le referiremos el siguiente caso, que lo demuestra:

Un día, ya lejano, le dijo en el Congreso un correligionario algo humorista:

—¡Señor Toca!... ¿Esa nariz, es de usted?

Y don Joaquín contestó, dirigiéndose al que preguntaba y a cuatrocientos correligionarios más, que estaban presentes:

—¡Y de usted!... ¡Y de usted!... ¡Y de usted!... ¡Y de los demás...! porque para todos hay!...

GORGONIO CUTILLAS. ALICANTE.—Acudir cuando le cita a uno un matador de toros, es ponerse en ridículo de un modo definitivo y categórico.

Y si le cita a uno en la plaza, ya es el colmo.

Le aconsejamos, pues, que no acuda si le cita, porque podría usted ser objeto de un ludibrio gigantesco.

ANASTASIO TRAGAFONTE. OVIEDO.—¿De manera que usted no ve clara la historia del huevo de Colón?... Pues, amigo mío, la cosa es forzoso creerla, pero, como ha pasado tantísimo tiempo, no es extraño que no se vea clara, ni yema, ni nada absolutamente!

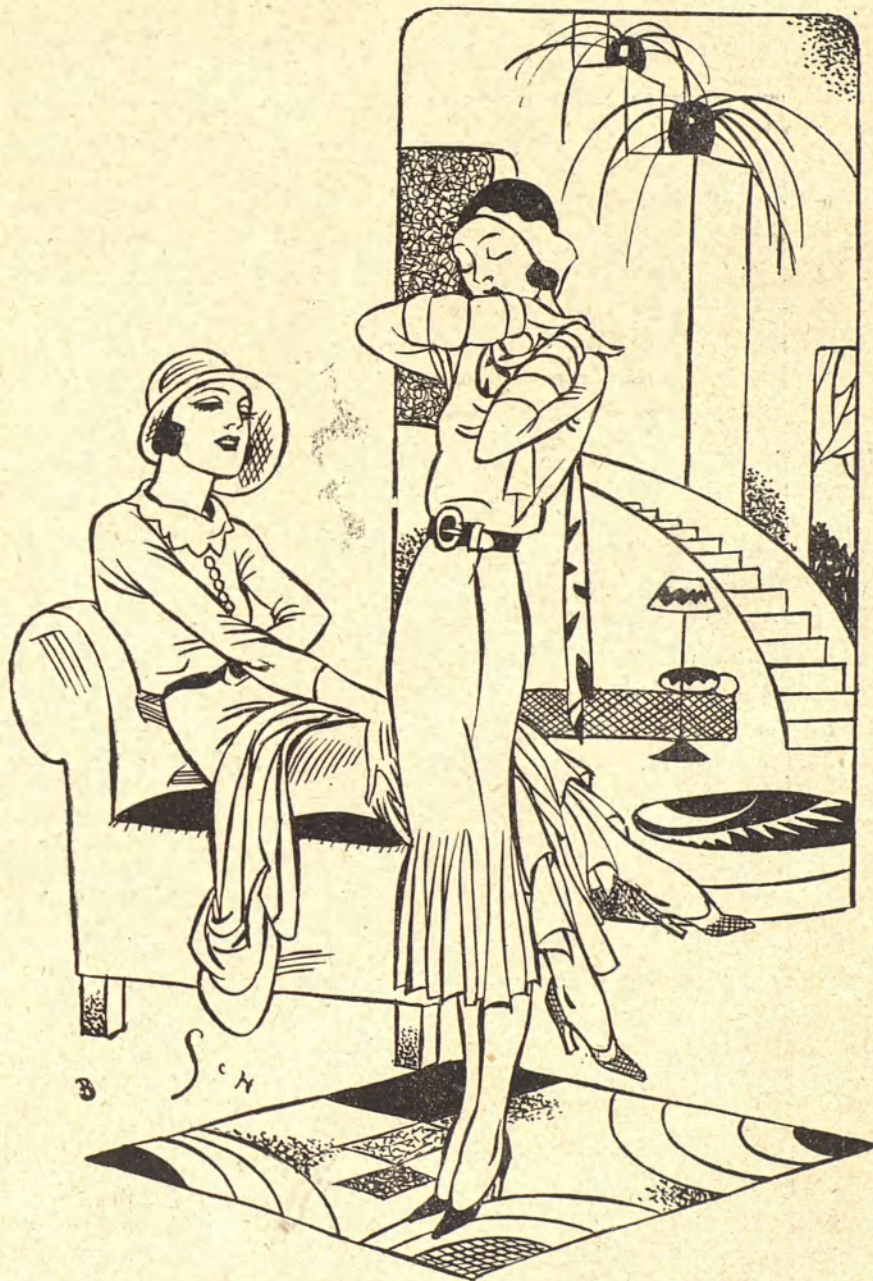
ROMUALDO GUARRIN. MADRID.—En el mundo ha habido una vez quien ha levantado un muerto sin idea de lucro y con completa inocencia. Es el único caso, pero conviene que conste.

Fué el día memorable en que se pronunció la conocida frase de *¡Lázaro, levántate y anda!*, que como usted verá

es lo contrario de lo que dijo un ex diputado liberal, en cierto casino, al incautarse disimuladamente de una moneda de cinco pesetas sin padre conocido:

—¡Amadeo..., alza para adentro!

Tras de cuyas palabras, se incrustó al pobre Saboya en el bolsillo del chaleco, y el que echó a andar fué él, y por cierto bastante más aprisa que el consabido Lázaro.



—Esta mañana tuve un ataque de nervios y me puse malísima. ¡Es una cosa terrible! ¿Tú no has tenido nunca ninguno?

—No. Mi marido no me niega nunca nada.

Dib. Bosch.—Barcelona.

Y sin que nadie se diese cuenta de su desaforada faena, que nosotros hemos sabido por un verdadero milagro, casi tan bíblico como el otro.

CAROLINA QUEMADES. BARCELONA.—Las ojeras se fingen perfectamente con corcho quemado, señorita Quemades. Por lo tanto, si quemades un corcho y os frotáis concienzudamente, tendréis unas ojeras que serán visibles

desde Marte. Lo malo es si a su señor papá le huele la cosa, en vez de a corcho quemado, a cuerno ídem, y cae en la cuenta de que usted se quiere hacer interesante al dependiente de tejidos a quien me alude en su carta. Procure, por consiguiente, que la ojera que usted anhela no se convierta en ojeriza del autor de sus días al frenético hortera su-sodicho.



—Pero, hija, ¿es que te has creído que yo estoy hecho de billetes de Banco?

—¡Ojalá! ¡Así podría cambiarte!

Dib. LLOP.—Valencia.

ENRIQUETA NAVARRETE. BILBAO.—Es verdaderamente lamentable que su novio, al que usted adora con tan estupenda vehemencia, sea cojo. Pero afortunadamente, y por lo que usted nos cuenta bajo secreto, el hombre no es manco ni mucho menos. Creemos, por tanto, que debe usted alegrarse de lo segundo y no entristecerse demasiado por lo primero. No es posible que todos los hombres tengan buena pata. ¿Qué sería, entonces, de nosotros, los escritores humorísticos?

JAVIER BATACLANCIO. BARCELONA.—A pesar de que su pregunta es cándida como un pichón en pepitoria, no ofreceremos la menor resistencia para contestarla.

Nos comunica usted que en esa seductora y ligeramente condal ciudad van a rifarse dos pianolas, en combinación con la Lotería Nacional, y que usted ha adquirido varias papeletas en espera de que la suerte le sea propicia.

Y, concretando su ilusión, nos dirige usted el siguiente y esperanzado interrogante:

—¿Qué hago yo si me tocan las dos pianolas?...

Contestación nuestra: ¡volverse loco a los cinco días!...

No tiene usted otro camino más decoroso.

MAURICIO RECEBOLLO. VALLADOLID.—El oficio de cochero de punto está en franca bancarrota en Madrid, y se lo digo para que no se menee usted de Valladolid si no sabe hacer otra cosa que guiar una *manuela* y dirigir blasfemias al caballo. Tan mal está el oficio, que hay aquí auriga que no ha comido en un mes más que cinco días y medio. Y tan cierto es lo que digo que ya, entre los automedontes, se considera como un milagro divino el que un hombre sea cochero de punto y coma...

Porque lo más seguro es que ese gachó se pase la vida en estentóreo ayuno, o que ese punto no coma, que de las dos maneras puede decirse, y de las dos lo decimos para que quede usted rotundamente enterado y se le quite de la cabeza la ilusión de venir a Madrid.

A los cocheros les está matando el automóvil.

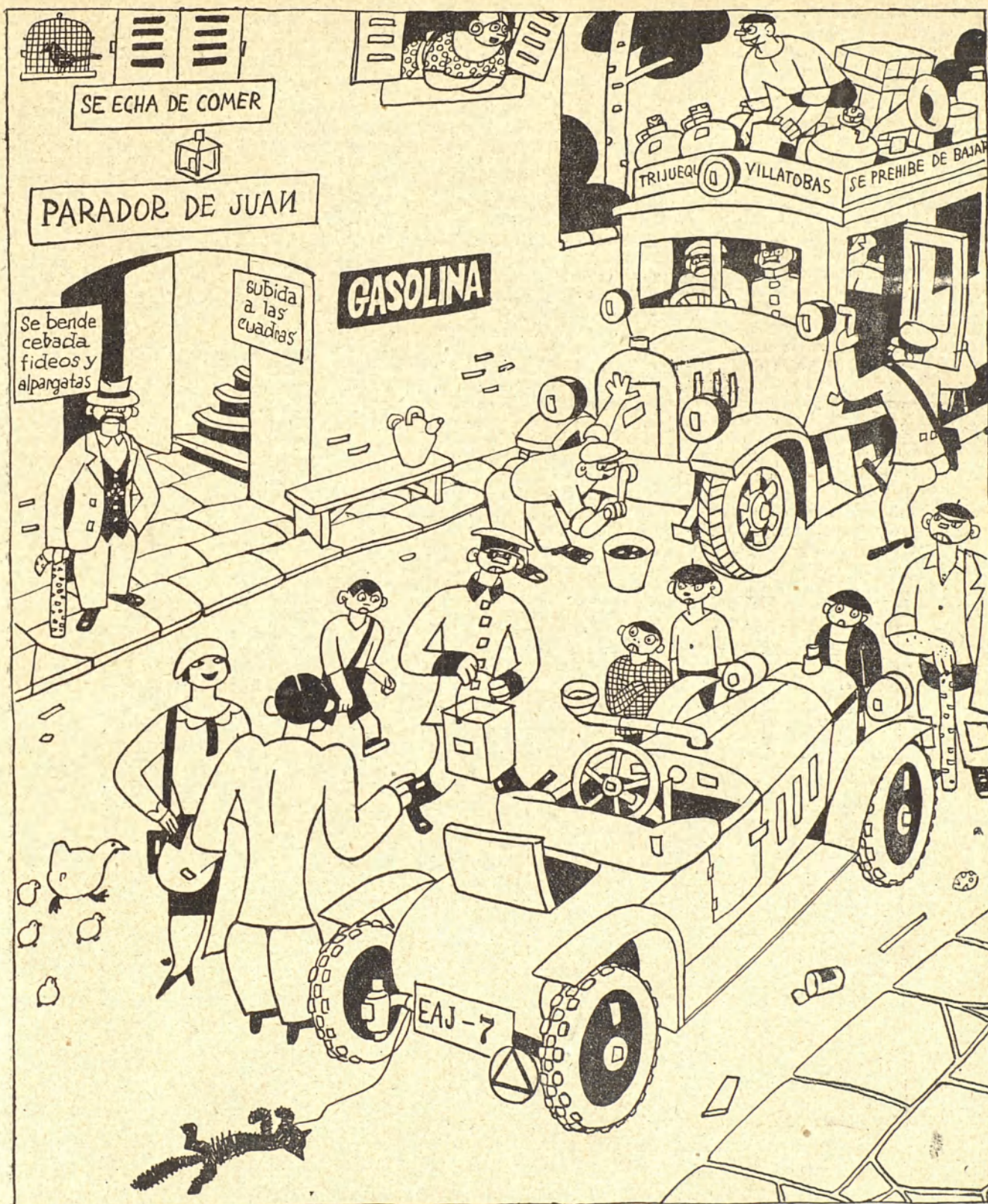
Y a los que no son cocheros también, para qué vamos a andar con tonterías.

SEBASTIAN CALZONERA. GRANADA.—En el norte de Noruega, como usted sabe (y si no lo sabe lo ha debido aprender), las noches duran seis meses.

Y esto explica suficientemente que en ciertas poblaciones donde ocurre ese abuso de la Naturaleza sea escásísimo el número de enlaces matrimoniales.

Verdaderamente una noche de bodas en esas condiciones tiene que ser la *caraba*.

ERNESTO POLO



—Lo único que me molesta de este deporte es lo de la gasolina, que, como verás, es “una lata”.

Dib. GARRIDO.—Paris.

LA FAENA DE LA TARDE

I

Sol, pañuelos de Manila, mujeres bonitas—y feas—, aguadores, naranjeros y muchas circunferencias de público heterogeneo.

—¡Sombra y aire!

—¡Quién quiere el agua! ¡Fresquita, de la fuente del Berro!...

Es un espléndido día de toros. Corrida de Beneficencia. En el ruedo, los tres mejores matadores de la temporada. Primer espada: Cándido Pérez Zampatortas. El hombre saca la cara vendada porque, según confesión de su mozo de estoques, se la desfiguraron la noche anterior en una juerga.

Las ilusiones del pueblo empiezan a deshacerse en el primer tercio de la lidia. Zampatortas torea con un miedo insuperable; su cartel de exquisito lidiador no corresponde con su actuación de hoy. Hay espectador que asegura distinguir cierta oscuridad en la parte posterior de la taleguilla, sig-

no evidente de miedo en algunas personas. Pero, claro, otros le disculpan, y dicen que la mancha se debe a que había un tomate en su asiento del coche.

La plaza toma a guasa la labor del espada, y, de vez en vez, lanzan insultos que conmueven todo el árbol genealógico. Cuando mayor es el escándalo, la fiera introduce suavemente su cuerno derecho por el estómago del lidiador y le asoma la punta por la boca. El asta ha seguido un trayecto inverso al de cualquier chuleta de ternera.

Gritos de espanto; las tejas de la plaza se ponen de punta. Como si hubieran desteñido las blusas de los monosabios, hay un reguero rojo desde el toro a la enfermería. Los médicos dictan su parte facultativo. El infeliz Dionisio Zampatortas ha muerto. Desaparece con él una gloria de la tauromaquia. Lloran hasta los cabestros.

II

En la sala del Banco Nacional hay ríos de plata, montones de billetes y algún que otro cuponíquel. Cada ciudadano, con su papelito verde en la mano, consume cigarrillos de impaciencia.

—¡Cuatrocientos dieciséis!—grita un pedazo de carne que asoma por la ventanilla.

—Aquí está.

—¿Cómo se llama usted?

—Dionisio Pérez Zampatortas.

—Y usted ¿qué desea?—exclama el empleado, sacando ojos de langosta.

—Cobrar la corrida de ayer, cuyo dinero ha depositado aquí la Empresa.

—¡Pero si usted está muerto!

—No diga tonterías. ¿No ve aquí mi cédula y las iniciales del pañuelo?

El cajero corre hacia sus compañeros para explicarles la aparición de que ha sido víctima. Pero ellos no le hacen caso; tiene fama de espiritista y no aceptan su seriedad.

En el Banco se plantea un conflicto: el hombre del papel verde quiere cobrar; para ello presenta cuantos documentos se le exigen. Mientras, en la enfermería de la plaza dicen misas de "corpore insepulto" por el alma del torero.

—Estamos ante un caso muy grave—dice el director—. Este hombre demuestra ser el matador de toros Zampatortas, y al mismo tiempo sabemos que está de cuerpo presente en la plaza, porque ayer le despenó un "corniveleto". Esto sólo puede resolverlo la policía.

Un grupo de ciegos entona en la



—Pero oye: ¿no eran negras las viruelas que tenía tu novio?

—Sí; pero como es tan guapo, se han vuelto locas.

Dib. CORREA.—Albacete.

OROCREMA
JABON DE ALMENDRAS

USELO
ES EL MEJOR TRATADO
DE BELLEZA DE LA PIEL

ES UN PRODUCTO DE
**LOS PERFUMES
DE TASARA**
BADALONA

calle las nuevas canciones de la cogida y muerte de Zampatortas. En unos sitios las alabanzas póstumas califican de "divino" su arte. En otros se mancilla su gloria taurina con aleluyas como ésta:

No mataba más que "chotas"
Dionisio P. Zampatortas.

La policía acuerda detener al poseedor del 416, y llevarlo a presencia del comisario.

III

—¿A qué viene usted aquí, señora?
—A dar fe de lo que declare el detenido.

En la Comisaría se reciben telegramas de todo el mundo interesándose por el suceso. El cadáver del espada lleva tres días en la enfermería por disposición especial. La opinión reinante es que el detenido es un estafador que pretendía cobrar el dinero del torero muerto.

El comisario pregunta:

—¿Es usted Zampatortas?

El acusado:

—Sí, señor.

Comisario a la señora intrusa:

—¿Usted reconoce como Zampatortas al detenido?

—Sí, señor.

—Entonces, ¿cómo certifican los médicos que a Zampatortas le ha matado ayer un toro?

—Un error de diagnóstico—responde el guardia.

—Que traigan ahora mismo el cadáver que hay en la enfermería.

La orden se cumple en diecisiete minutos. El "finado" trae el pecho cosido con bramante y una venda por el rostro que apenas deja libres los ojos. Este último apósito cubre las heridas de que habló el mozo de estoques.

—Que le quiten la venda de la cara—propone otro guardia.

El comisario acepta esta prueba. Y entonces se descubre que el muerto no es Dionisio Pérez Zampatortas, sino Angel Maizena, matador de infima categoría.

—¿Cómo es esto, si yo le contraté a usted?—pregunta el empresario, que está presente.

—Señores—exclama la mujer—: en vista de que nos ha salido mal el negocio, diremos la verdad. El muerto, Angel Maizena, es mi marido. Como la única vez que toreó en esta plaza lo hizo muy mal, la Empresa juró no sacarle más. Pero él, a su vez, juró a este señor empresario que torrearía en su plaza aunque él no quisiera. Resultado: que este señor apostó cinco mil



(¡Taritiii... ti taa... ti taa... tiiii...!)

—¡Oye..., "que lo pases bien"!

—Se hará lo que se pueda...

—No; si es que me marchó por no verte, ¡maleta!

Dib. CASERO.—Madrid.

duros a que no toreaba, y, claro, él no le contrató; pero entre Zampatortas, que tiene un gran cartel, y mi marido, acordaron suplantar a Angel a Dionisio en la corrida de Beneficencia, y para que no le conocieran, apeló a lo de la cara. De haber salido bien la combinación, Zampatortas cobra hoy las diez mil pesetas de la corrida sin exponer la piel, y mi marido los cinco mil duros de la apuesta.

¡Pero la desgracia se ha cebado con nosotros, y todos perdemos dinero!...

La señora de Maizena está inconsolable, y el comisario grita:

—¡Quinientos azotes a cada uno por haberse burlado de mí!

—¿Al muerto también, señor comisario?

—No; ése ya tiene bastante.

JULIO ANGULO

¡ ¡ C I N C O ! !

(Cuento anecdótico)

—¡Fué un caso! ¡Cuando yo les digo a ustedes que fué un caso!...

—¡Pero cuenta ya er caso, hombre, no seas de plomo.

—Es que no lo vais a creé.

—Da lo mismo.

—Pa er caso es iguá.

—Sí, hombre...

—Tú cuéntalo.

—Pues veréis ustedes...

—Vamos allá.

—Estaba Manolito Boto subió en su andamio, dándole al palustre con mucho aire, cuando oyó a su compadre Felipe, que desde la calle le gritaba:

—¡Maolillooo!... ¡Maolillooo!...



—¿Qué edad crees tú que tendrá Matilde?

—No lo sé; pero seguramente tendrá el doble.

—¿Qué pasa?

—A avisarte vengo. Dolores, tu mujé...

—¿Qué? ¿Ha salío der paso?

—Sí.

—¿Niño o niña?

—Niño. Un niño rubito como las candelas.

—¡Hijo de mi arma!

—Voy a comprá una libra e chocolate y te la traeré, pa que, cuando dejes el trabajo, se la llesves a Dolores.

—Muchas gracias, compadre.

—Güeno, con Dió, y enhoragüena. Güervo a escape.

Conque no habían pasao sinco minutos cuando ve de vení, por la calle arriba, corriendo como una ersalación, a Periquito, su sobrino, un chavea que no levantaba un parmo, y que se planta frente a la obra, y empiesa a chillá:

—¡Tío Manuééé!... ¡Tío Manuééé!...

—¿Qué?

—Que a la tita Lola le han traío un niño de París.

—Ya lo sé, corasón, muchas gracias.

—¡Si viera usté qué bonito es!...

—Ahora iré a verlo. Ya ha venío el compadre a desírmelo. ¿Es rubio, verdá?

—No, señó, que es moreno.

—¡Pero si me ha dicho que es rubio!...

—Güeno, verá usté: rubio es el otro; pero ése ha venío en un canasto. Er que ha venío de París es moreno.

—Ah, ¿pero es que son dos?

—¡Dos, tito, dos!

—¡Hijos de mi arma!... Dile a la tía Dolores que ahora voy pa allá.

—Voy corriendo, si señó.

Y apenas el sobrinillo había traspuerto la calle, cuando oye a la señá Remedios, su comadre, que le grita:

—¡Maolillooo!... ¡Compadreé!...

—¡Comadre!

—¿Sabes que tu mujé?...

—Sí, comadre. Dos mellisos.

—No, comadre, ¡tres!

—¡Pero, comadre!... ¿Está usté segura?

—¡Lo que te digo!

—¡Hijos de mi arma!

—Voy por un cuarto de gallina pa la pobresita, que bien se lo ha ganao.

—Gracias, comadre; Dios se lo pague a usté.

—Hasta luego, padre felí.

Conque, figurarse ustedes: suerta Maolillo er palustre, se va pa donde estaba el maestro, y va y le dise:

—Maestro: déjeme usté dí, por lo que usté más quiera.

—¿Thas puesto malo?

—No, señó; es que mi mujé ha teñío tres niños...

Dib. CUESTA.—París.

—¡Gachó con tu mujé! Vaya por Dió, hombre; lo siento.

—Má lo habrá sentío ella.

—Eso es verdá. Anda, anda, vete, y ya echaremos aquí, entre tós, un guante, pa ayudarte en esta tribulación.

—Grasia, maestro.

—Corre, hombre, corre, que er caso es de los que salen retrataos en los periódicos.

—Sí, señó.

—Pos repajila, no sea que lleguen los periodistas y no estés tú.

—¿Qué más tiene?

—¿Pos no ha de tené? Ar público le gusta mucho ve tamién retratao ar "valiente". ¡Anda, corre!

—Sí, señó. Mucha gracia. ¡Mardita sea!...

Y salió de la obra más que a paso, y echó a corré en cuanto regorvió la esquina, y de pronto, su cuñado, er munisipá, que lo para:

—¿Dónde vas tan esalentao, Maolillo?

—A ve a tu hermana. ¿No sabes la notisia?

—¿Pos no lo voy a sabé? De tu casa vengo, y pa la obra iba a llamarte.

—¿Cómo está la pobre?

—Apretando la dejé.

—¿Entonses no has visto nasé ar tersero?

—Ar que he visto nasé es ar cuarto.

—¿Pero, son ya cuatro?

—¡Cuatro!

—¡¡Socorroooo!...

Y de un sarto se plantó en la plasoleta, y de otro en er callejón, y de dos zancás en su calle, y ya enfilaba la puerta e su casa, cuando la señá Pura, la partera, le salió ar paso.

—A buscarte iba.

—Gracias, señora; muchas gracias. Déjeme usté, que voy más quemao que el humo.

—Anda con Dió, y a ver si llegas a tiempo de vé con vida al úrtimo.

—¿Pero tan malo ha nasío?

—Hombre, tó se agota, y er pobre-sito mío parese un lápi.

—¿Es bonito?

—Eso sí; un cromo. ¡Angelito! Güeno: a lo mejó no se te muere. Ya lo dise er refrán: "no hay quinto malo".

—¿Pero qué dise usté, señora? ¿Son sinco?

—¡Sinco!

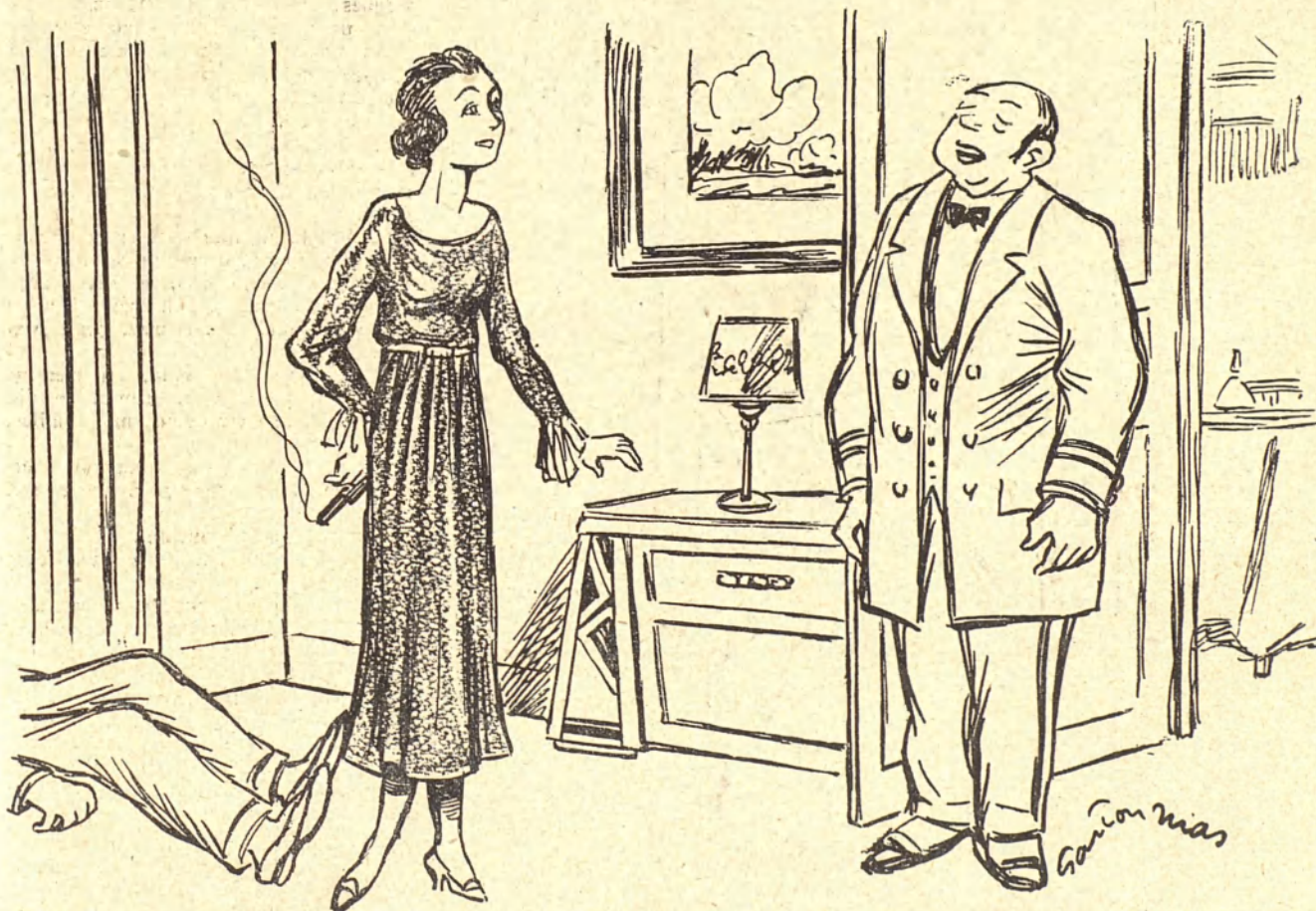
—¡¡¡Auxiliooooo!!!...

Y se metió de cabeza en su casa y se presentó de gorpe delante de la cama de su mujé, que tenía, la pobre, una cara de asustá... Porque hay que ponerse en er caso de ella, caballeros...

Totá: que ar vé Maolillo aquer cuadro: su Dolores con los ojos mu espantaos, y a su vera los sinco chiquillos rebulléndose en er corchón, se echó sobre el respardo de la cama y

—¡Dolores de mi arma!—dijo—. ¡Dolores de mi arma! ¿Pero tú eres una mujé, o la puerta de una escuela a las sinco de la tarde?

PEDRO PEREZ FERNANDEZ



—Señorita: ahí hay un caballero que pregunta por el señor.

—Dígale que vuelva mañana; hoy no puede recibirle.

Dib. GASTÓN MÁS.—Paris.

Dejad que los niños... se aparten de mí

Todos los que tenemos la desgracia de cultivar la literatura hemos escrito alguna vez una tontería más o menos trascendental, loando a los niños. A todos nosotros, en algún momento de ternura, se nos ha ocurrido llamar a esos angelitos "capullos de inocencia" o "sonrosos botones de la primavera de la vida".

Y recordando aquello de Cristo:

"¡Dejad que los niños se acerquen a Mí..."

Y lo de lord Byron:

"¡Qué lástima que los niños se conviertan en hombres!"

Y, sin embargo...

No es que yo vaya a declararme ahora "niñófobo" y a asegurarles a ustedes

que los niños no sirven para nada y se deben tirar a la basura. No. Pero... conviene distinguir, compañeros; porque, si hay niños muy lindos y muy salados y muy simpáticos, los hay también que se le plantan a uno en la boca del estómago.

Un ejemplo: los niños pegajosos.

Oigan ustedes lo que me pasó a mí una vez con tales niños.

Un día (un día cuyo recuerdo ¡ay! tengo clavado en mitad de mis entrañas), me vi en la necesidad de visitar a cierto amigo casado y... con consecuencias (léase hijos).

La fatalidad, madre y señora nuestra, debió de soplarle aquel día y, como resultado del soplo, se me ocurrió estrenar

un traje, unos zapatos y un sombrero. ¡Ah!, y una camisa.

No serían estas prendas dignas de Gramond o Morny, pero le hubieran sentado bastante bien al señor conde de Romanones; por lo menos, tan bien como a mí, sin que esto quiera decir que yo fuera hecho un Romanones...

Con tales adminículos salí de mi casa, eché a andar, destrozando sexo débil, llegué al domicilio de mi amigo y entré en la sala.

¿En la sala? Vamos a llamarla sala piadosamente. Y describámosla.

El suelo estaba muy sucio; el techo, en poder de las telarañas, y la pared "adornada" con un retrato de Adán, antes de lo de la expulsión. La alfombra consistía en una zalea amarillenta, y el diván en un cajoncito forrado de percalina. Vi todo ello en el más amable de los desórdenes: varias sombrereras, una palanquilla, un acordeón, un recipiente sospechoso, tapado con un diccionario de la Lengua, un sillón con un solo brazo—manco como quien dice—, dos peines, tres cucarachas y cuatro "gracias" del gato. Esta era la sala—con perdón de Luis XV—en que yo penetré y esperé, sentado en el diván, la llegada de mi amigo.

No llevaba un minuto esperando cuando hizo su aparición uno de los chicos de la casa. ¡Qué niño! No he visto nunca una criatura más fea, ni más chata, ni más desgarrada, ni más sucia. Parecía un sapo.

Bueno; pues este sapito, sin haberme saludado siquiera, se me acercó, me dijo "aupa" y se sentó en mis rodillas. ¡Puach!

—Monín, monín—le decía yo, dándole cachetitos—, haz el favor de irte. Anda, monín...

—Yo te "quero" mucho...

—Sí, sí, ya lo sé... Pero vete. Corre a jugar por ahí.

—Yo te "quero" mucho...—repetía el muy puerco, limpiándose en mi ropa.

¡Cáspita, qué cariño tan pegajoso y tan mal oliente!

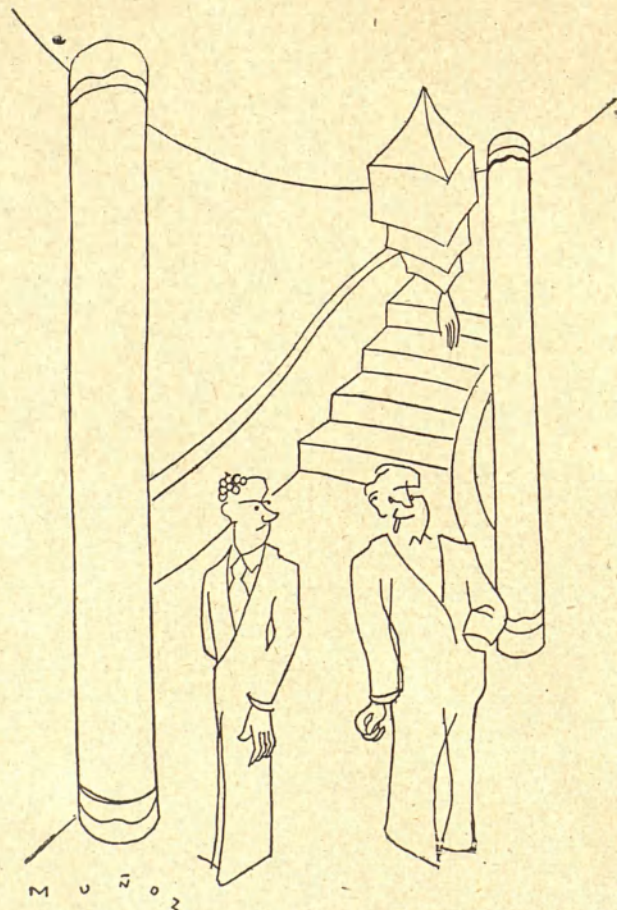
—Vamos, monín, que me enfado... Bájate. Y volví a los cachetitos, cada vez más fuertes. Pero ¡quial!, ni un rayo arrancaba aquella costra. ¡Bueno me estaba poniendo el traje nuevo! Con tanto refregarse, el chaleco, que era blanco, me lo había dejado de color indefinible. ¡Y qué olor a diablos, corcho! Vaya, esto se acabó. Los niños son obedientes. ¡A bajarse!

—Pues dame una perra.

—¡Encantado! ¡No había yo de darle una perra? Para que me dejara, hasta se la di grande.

—Ea, toma, monín, y vete.

Cogió el niño los diez céntimos y des-



—Caballero, hace tres días que nos conocemos y, la verdad, me asombra que me llame usted idiota.

—Tiene usted razón; debí llamárselo el primer día.

Dib. MUÑOZ.—Albacete.

apareció por el foro. Respiré, me pasé el pañuelo por la ropa, aunque inútilmente, y seguí esperando a mi amigo, prometiéndome romperle el bautismo al primer chico que apareciera.

Menos mal que el primer chico no apareció. Apareció el segundo. Allí estaba, en el umbral de la puerta, decidido a entrar. ¡Horror!

Instintivamente saqué una perra chica y se la alargué, diciéndole, muerto de miedo:

—Toma, niño, una perra y vete a comprar caramelos. Anda, vete.

¿Ustedes creen que el niño me hizo caso? Lo que hizo el niño, que, aunque no estaba tan sucio como el otro, era tan feo como el otro y, además, tenía una caída de ojos muy antipática, fué dar un brinco, montarse en mis muslos y exclamar, con una falta de educación desesperante:

—No; yo “quero” un duro.

—¡Hola! Mire usted lo que aprenden estos chicos. Conque ¿un duro? Pues toma—y le ofrecí una perra gorda, de las más desarrolladas.

—Eso no es un duro—dijo el otro, impertérrito.

Aquel niño era un materialista consumado. Había que cambiar de tratamiento.

—Oiga, niño, vamos a hacer una cosa. Usted se baja y yo le doy el duro, ¿quiere?

—No; así.

—Si así no puedo. En cuanto se baje verá cómo se lo doy.

—¡Que no!

—Ande, que me duelen las rodillas...

—¡Que no, ea! ¡Yo “quero” un duro! —y se me agarró a la solapa con una fuerza increíble.

Ya me estaba moliendo la cosa. Así es que, poniéndome hosco, le dije:

—Bueno, pues no te lo doy. ¡Fuera de aquí! Y le arreé un sopapo.

¡Nunca lo hubiera hecho! El materialista perro se afianzó en mi cabellera y empezó a berrear...

—¡Niño!... ¡Niñoooooo!...

—¡Un duro!... ¡Un duro!—repetía el angelito, queriéndome arrancar el tupé.

De pronto (¡cielos, me horroriza el recordarlo!) sentí en los muslos como la “caricia” de un líquido templado... ¡Era que el llanto de aquel energúmeno hacía su efecto! ¡Que el niño se “derramaba”, sencillamente!

Dando un grito me levanté, cogí al pegajoso por donde pude y lo tiré al suelo. Acto seguido empecé a dar vueltas por la sala, pateando y desahogando vocablos feos. ¡Pues hombre! ¡Pues estamos divertidos!

A los berridos de la criatura acudieron, alarmadísimos, tres personajes: mi amigo, en camiseta y babuchas; la señora, en “deshabillé” y con una escoba, y la cocinera, badila en mano.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí? —gritaron los tres.

—¡Ese tío, que me ha pegao!...—dijo el niño, retorciéndose de rabia.

—¿Por qué le ha pegado usted a mi hijo?—me increpó la señora, amenazándome con la escoba. La sirvienta también levantó la badila... Mi amigo se quitó una babucha... Parecían tres fieras prontas a lanzarse sobre mí.

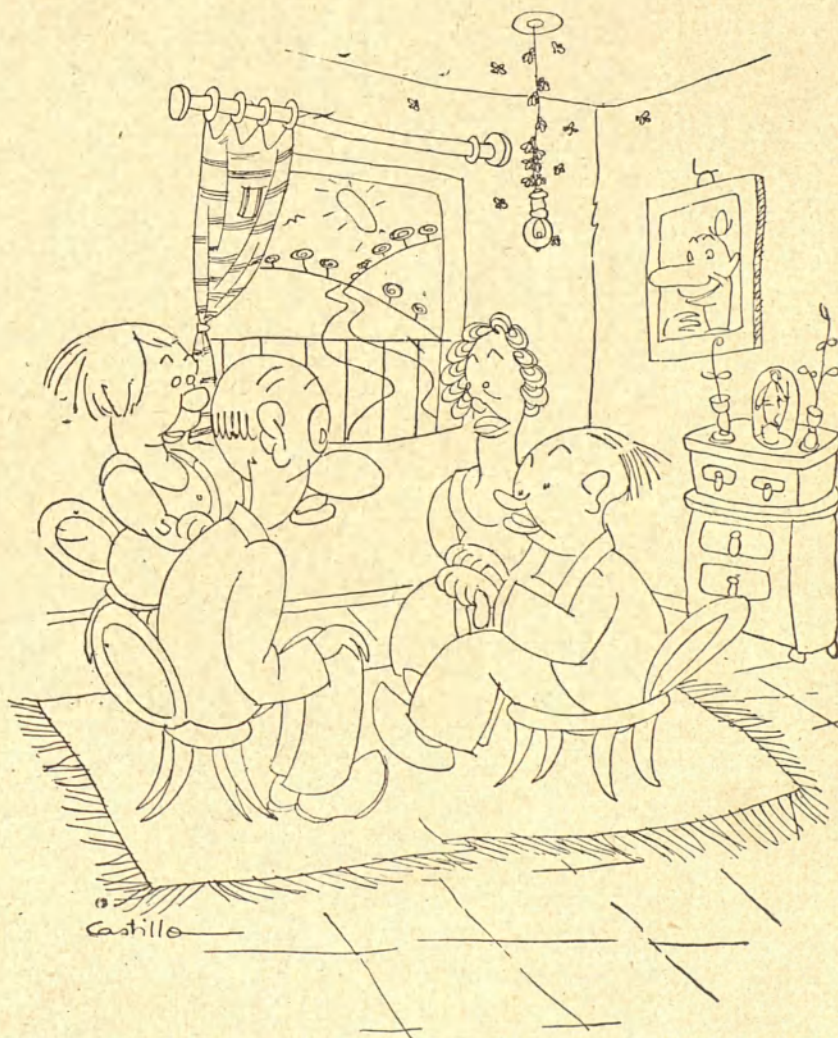
—¡Señora!—exclamé yo, con una voz que era un terremoto—. ¡Eduque usted a sus hijos y venga después a pedirme cuentas! ¡Sus hijos son unos gorriones! Porque, en uso de mi perfecto derecho, no le he querido dar un duro a ese guarro, vea usted cómo me ha puesto la

ropa. ¡Fíjese usted en los pantalones! —¿Y por qué no le ha dado usted el duro?—me preguntó la muy fresca de la señora.

—¡Pues porque no me ha dado la realísima gana! ¡Ea! ¿Se enteran ustedes?

—¡Basta ya!—dijo mi amigo, poniéndose la babucha, en señal de paz—. No es para tanto. Todo esto te pasa—dirigiéndose a mí—por haber venido a visitarme con ropa limpia. ¿A quién se le ocurre?...

BERNARDINO DE PANTORBA



—¿A qué le parece a usted, maestro, que dediquemos a la niña: al piano o al canto?

—Al piano, al piano.

—¿La ha oído usted tocar?

—No; pero la he oído cantar.

Dib. CASTILLO.—Madrid.

NOVIOS

Confieso que una tarde, al atardecer, me senté en una de las sillas de Recoletos. ¿Qué queréis?... Nadie está libre de un momento de inconsciencia, nadie puede afirmar: en estas sillas no me sentaré... Sin duda, yo estaría aburrido, desesperado, y escogí aquella forma de suicidio moral; o me encontraría tan abstraído en mis pensamientos que, sin darme cuenta, llegué a Recoletos y me dejé caer en una de sus famosas sillas metálicas.

Atardecía. El paseo era la verdadera crema de la cursilería, la apoteosis de la estupidez, el desenfreno de la estulticia...

Sentados frente a mí, a un metro escaso, había dos novios; mejor dicho, un novio y una novia. No sé si tendrían alguna relación con los grupos cercanos o si los vigilaba alguna de las señoras sentadas en sillas no lejanas. El caso es que, por el momento, estaban solos frente a mí. Ella era una cursilota muy mona y muy empolvada; su naricita era como una peladilla. El, un hombre con la cara marcada por el sello característico de la idiotez prenupcial. Un náufrago en el mar negro del amor; un infeliz, en fin, a merced de la niña.

Cogidos de la mano, no hablaban. Estaban en éxtasis, al menos aparentemente. Pero ¡ah!, si no hablaban, pensaban, y yo, con mis enormes facultades penetrativas, veía tan claros, tan claros, aquellos pensamientos, ¡los oía tan diáfana-mente!... El pensaba en ella y de ella. Y ella pensaba en él y de él.

Veréis lo que pensaban.

EL.—Tiene dos ojos como dos estrellas!

ELLA.—¡Tiene ochocientas pesetas cada treinta días!

EL.—Cuando me mira tan de cerca, con esos ojos tan brillantes y misteriosos...

ELLA.—Tengo que encargar más Kohl.

EL.—¡Sus manos son como dos lirios!...

ELLA.—Estoy deseando que se ponga buena la asistenta; porque es que llevo ya quince días fregando...

EL.—El día de la boda, ¡qué felices seremos! ¡Cómo nos adoraremos mutuamente!

ELLA.—El día de la boda llevaré un traje blanco que hará rabiar a todas mis amigas...

EL.—Y después de casados, ¡qué felicidad la nuestra! ¡Siempre juntitos, viviendo y soñando juntos en nuestro amor!... Ella será mi compañera, mi colaboradora.

ELLA.—Después de casados ya no fregaré más, y podré gritar a la criada. El se irá a la oficina muy temprano y no dará mucha lata...

EL.—¡Cómo la amo!... Por ella renunciaría a todo, haría cualquier sacrificio.

ELLA.—Por supuesto, que hay que evitar a toda costa que su dichosa mamáita venga a vivir con nosotros...

EL.—Yo le daré todos los gustos y accederé a todo...

ELLA.—Sí. Más vale que la que viva con nosotros sea mi tía Rosalía...

EL.—Y luego, cuando tengamos dos o tres angelotes rubios!...

ELLA.—Lo malo serán los críos, que no tardarán en venir. Perderé la línea.

EL.—Y las dulces escenas maternas de ella con ellos...

ELLA.—El ama será de Orense.

EL.—Yo la daré cuanto gane, y no me reservaré más que unas pesetas para fumar...

ELLA.—Le tengo que quitar el vicio del tabaco. Es un verdadero vicio. Y una estupidez. Me llenará la casa de colillas. Además, es un gastito...

EL.—Trabajaré horas extraordinarias...

ELLA.—Necesito urgentemente tres sombreros y un abrigo de pieles...

EL.—¡Qué inefable estado el de sentirse amado!...

ELLA.—Es feillo..., pero trabajador.

EL.—Me hará unos platitos especiales...

ELLA.—Tengo que preguntarle a tía Rosalía cómo se frien los huevos. Creo que lo más difícil es partarlos sin que se rompan...

EL.—Y después de la cena, yo fumaré un cigarro y ella tocará el piano.

ELLA.—Se me debe haber olvidado ya aquel chotis que tocaba con un dedo. Tendremos radio. O una pianola.

EL.—Porque ella es inteligente, instruída, culta...

ELLA.—Me suscribiré a todas las novelas por entregas... ¡Son preciosas, y traen unas estampas de colores que echan por debajo de la puerta!...



—¿Y es verdad que usted no cree en el espíritu?

—No creo, no, señora; yo soy materialista con toda mi alma.

Dib. PACO.—Madrid.

EL.—Es buena...

ELLA.—¡Lo que rabiarán mis hermanas!...

EL.—¡Nuestro pisito será un nido de amor! Estaremos siempre allí, huyendo de la gente, solos con nuestra felicidad.

ELLA.—Iremos al cine todas las noches. ¡Pero al sonoro! ¡Quisiera oír la voz de John Gilbert!... ¡Y quiero oír reírse a Chevalier!... ¡Qué guapos son y qué simpaticones!...

EL.—La llevaré alguna vez a ver a los grandes y elevados artistas...

ELLA.—¡Ah! Iremos también a ver a la Loreto y a Chicote. ¡Me gustan más!... ¡Y las obras que ponen son la caraba!...

EL.—Ahorraremos, para mirar sin miedo el porvenir...

ELLA.—Ahorraremos en el invierno para ir a San Sebastián en el verano. ¡Oh, si pudiera ser a Biarritz! ¡Las de Regulez se morirían!...

EL.—¡En nuestra mesa no faltarán nunca las flores!

ELLA.—Como adoro las sardinas en lata, procuraré que no falten nunca en nuestra mesa.

EL.—Tendremos pájaros que canten y peces de colores en un globo de cristal.

ELLA.—Recogeré al viejo gato de Rosalía para que mate los ratones y las cucarachas...

EL.—¡Sus ojeras son divinas! Son el nido tibio y suave de besos.

ELLA.—Me duele el estómago. A ver si se me reproduce el cólico de ayer noche...

EL.—Los domingos, como no tengo oficina, nos quedaremos en casa. Yo no me vestiré ni me tendré que poner el cuello duro. Me quedaré en pijama. Y ella con una batita... Y merendaremos juntitos...

ELLA.—Los domingos nos pondremos nuestros mejores trajes e iremos a visitar a todas mis amigas para que vean que ya me casé.

Y en aquel momento dejaron de pensar, porque empezaron a hablar.

Y ella le dijo a él:

—¿Por qué no fumas, Evaristo? Hace mucho tiempo que no enciendes un cigarrillo...

—Es que temía molestarte, vidita.

—¡Oh, ya sabes que adoro el humo azul, que hace unas espirales tan bonitas y tan soñadoras!

—Eres un ángel.

—Y dime, ¿en qué pensabas?

—Pues en nuestro porvenir, en nuestra vida, en ganar mucho dinero para los dos...

—¡Oh, qué materialistas sois los hombres! Yo pensaba en nuestro amor, en ti, en nuestro hogar...

GABRIEL GREINER

Mujeres guapas, feas y venenosas

La otra tarde, a esa hora típicamente madrileña que yo me atrevo a llamar, con la misma razón que otros, *hora rubia*, pasó por delante de la "Granja" y "Negresco" una espléndida mujer, excesivamente guapa y escultural. Una de esas señoras que sólo su presencia justifica el "pacto Kellog". Cruzó rápida y huyendo de los muchísimos hombres que, sentados, charlaban y bebían. En sus perfectas facciones se *desleía* una risa franca, jugosa, adorante, mágica (y así sucesivamente). ¿De qué o de quién se reía aquella fémina?... Una amiga que encontró a su paso le preguntó:

—¿Por qué vienes tan contenta?

—¡Hija, porque me acaban de decir un piropo que me ha hecho muchísima gracia. No lo puedo remediar.

—¿Cuál?

—Un hombre de sombrero ancho se me acerca y me dice: "Aquí tengo yo un kilo de billetes pa podé decí toó lo bonita que e usté..."

Hay hombres para los cuales no existe la mujer fea. Siempre la encuentran algo bonito, simpático, agradable o atrayente, por repugnante que sea su cara o tipo.

Un día, al preguntarle a un amigo mío —hombre de esa opinión benévola—, qué le encontraba bonito a una mujer parecidísima a un oso polar ártico, me contestó: "¿Tú te has fijado en el hoyito que tiene en el codo? ¿Has visto cómo se suena...?"

Tuve que dejarlo por imposible.

La mujer guapa, a semejanza del buen vino, nos estimula la imaginación, haciéndonos optimistas y capaces de las mayores empresas o heroicidades. En cambio, la fea, como el mosto malo, nos empuja o quiere convencernos de que llevemos bultos a la estación. ¡Dios nos libre de una de estas señoras *ferroviarias* cuando pensemos en estrenar una comedia vanguardista...!

Esto se va poniendo cada vez peor. Yo no sé adónde vamos a ir a parar. Ahora resulta que los labios de las mujeres son venenosos *por mo del "rouge"*. Y no son noticias de un vulgar amigo que tenemos allá en América pasando "las negras", sino que quien lo asegura y da la voz de alarma es nada menos que Mr. Synne, alta autoridad yanqui en higiene. Dice este señor que lo menos que pueden producir los pintados labios de las señoras es dispepsia... ¡Qué le vamos a hacer! ¡Paciencia! No es que nosotros, los españoles, nos pasemos el

día pendientes de los labios de una Eva, pero vamos, que nos horroriza la idea de que al besar—si buenamente cae una *chupaza*—tengamos que estar, disimuladamente, acariciando, *¡sólo!*, a una latita de bicarbonato químicamente puro...

Una gentil modistilla decía la otra tarde a sus compañeras a la salida del taller:

—¿Habéis oído, chicas?... Pues na; que ahora resulta que también envenenamos con los labios. Va a ser cosa de

preguntárselo a ese ciudadano del "arte mudo" dónde nos van a poder besar nuestros maridos u... esposos... Porque, vamos, ¡no creo que sea en el "trigémino"...!

Ahora se comprende perfectamente la longitud escalofriante, esa *dormida en la suerte*, de los besos cineastas... Los labios de las "Garbos" deben ser algo así como el papel "mata moscas"...

PEDRO RISTORI MONTOJO



—¡Chica, qué conflicto más horrible! Ha regresado Juan de su viaje y no me acuerdo si al despedirme le dije que sí o le di calabazas.

Dib. FOGUES.—Valencia.

BAMBALINA

DIABLAS Y TRASTOS

Las adaptaciones... al medio, y las otras

Con ciertas medicinas ocurre que hay que buscar para ellas varios ingredientes, y dosificarlos con cuidado; y echarlos en un matraz; y estar siete horas machacando; y disolver; y filtrar; y decantar; y después cobrar por el todo una cantidad abusiva; y después agitarlo y tragárselo; y ni aún así, ni por esas, curan nunca. Jamás puede conseguirse que sirva aquel potingue para nada.

Con la novela de Galdós, "Fortunata y Jacinta" sucede lo contrario: ya se la puede reducir, cortar, rajar, cercenar; tomar y dejar lo que sea y recomponer el resto; da lo mismo; siempre cura: siempre es buena. Tiene esta obra condición de rabo de lagartija; por muchos que sean los cortes, sigue coleando y vivita, con rasgos de observación por todas partes; con tipo admirables, hasta visto así, en comprimido, en extracto o raíz cúbica; repleta de fuerza viva y dramatización verdadera.

¡Cuándo tendrá Galdós, el extraordinario Galdós, su glosador o su crítico!... Las generaciones venideras, sin lecturas de Galdós, no van a tener más noticias de este hombre que la estatua de Ma-

cho en el Retiro y los comentarios de homenaje que dedique la Prensa liberal al demagogo. Por estos comentarios sabrán que D. Benito fué, en sus tiempos republicano; y por la estatua sabrán que D. Benito, como buen republicano, se liaba la manta a los pies y nunca a la cabeza. No sabrán, sin embargo, jamás la calidad de autor extraordinario, sin sucesor aún, en la creación hispana literaria, sin justipreciar tampoco, todavía, pese a la gloria del autor, en un libro que aquilata la significación verdadera de su obra.

Al decir en las líneas anteriores que "Fortunata" ha salido con vida de la operación quirúrgica, llamada adaptación, a que la han sometido los autores Soler, Amarillas y López Alarcón, no queremos dar a entender que la adaptación sea mala; nada de eso. La adaptación es muy buena; pero es adaptación. No conocemos al Sr. Soler; pero el señor Amarillas demostró en otra ocasión, con la adaptación de "Tormento", ser hombre que domina ese menester; y no hay que encarecer a nadie la valía de Enrique López Alarcón como escritor y

drámaturgo y poeta. El pandero estaba, pues, en buenas manos. Pero es que adaptar una novela—y más aún "Fortunata"—es como hacer del pandero un encaje de bolillos y pretender que suene todavía.

En este caso, ¡aun suena! Efectivamente, suena. Pero ¿no hubiera sonado más aún si se hubieran decidido los autores a prescindir de un estorbo que siempre ha de embarazar—y disimulen—a todo adaptador: el respeto a la obra adaptada?

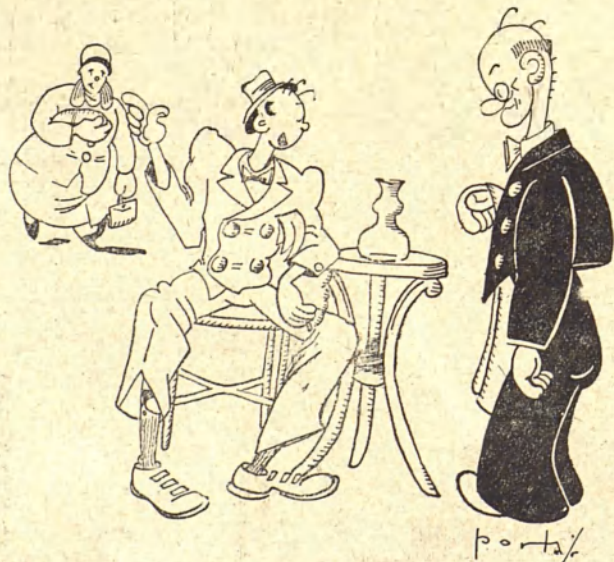
Hay dos casos de novelas llevadas al teatro sin menoscabo alguno: "La dama de las camelias" y "El abuelo". ¿Por qué no hubo menoscabo en la adaptación de estas obras? Porque no fué adaptación: porque eran los propios autores los que hacían el trasplante y podían hacerlo, por lo tanto, como les diese la gana.

La adaptación actual de "Fortunata" ha podido realizarse en tanto en cuanto los adaptadores han prescindido de la fidelidad adaptadora y han renunciado a la tarea imposible de llevar a las tablas todo lo que está en el papel. El papel, aunque parezca un material poco resistente y liviano, aguantó mucho más que las tablas. Los adaptadores, pues, suprimieron todo aquello que bien les pareció. Y les pareció bien. Acertaron al hacerlo.

En cambio, lo que pueda haber de lento, de brusco, de abocetado, hubiera igualmente desaparecido de escena en cuanto hubieran prescindido del respeto a la letra.

En resumen, que el camino "a seguir" por todo aquel que quiera o que pretenda dedicarse a las adaptaciones debe ser, sencillamente, el de coger la obra que quiera y hacer con ella luego lo que le dé la real gana. Con esto puede pasar, una de dos: o que la obra adaptada haya conseguido así transmitir mejor que de otro modo el espíritu de la obra original o que no lo haya conseguido. En el caso primero, se firma como adaptación; en el caso segundo, se firma como original. Y ya está. Se sale ganando siempre.

Este consejo puede completarse y perfeccionarse con otro. Con éste: en vez de dedicarse a la adaptación de una sola obra, dedicarse a la adaptación de seis



—¡Café!
—¿Solo?
—¡No; ahora viene mi mamá!

Dib. PORTU.—Madrid.

o siete, a la vez y entremezcladas. Lo mismo que un adaptador ingenuamente honrado toma de la obra elegida aquellos pasajes que juzga pertinentes, puede elegir un pasaje de esta obra, otro pasaje de otra, otro pasaje de otra, y así sucesivamente. De dos o tres se toma el argumento; de dos o tres más los tipos; de otros tres las ocurrencias o los finales de acto o el modo de resolver esta situación o la otra, y así se forma una obra riquísima y abundante en excelencias: lo mejor de lo mejor.

Esto tiene, además, la ventaja de que no se necesita decir que es adaptación: se firma como propio, y es mejor.

En farmacia era ya antiguo el procedimiento éste: se ponía mentol para el catarro; pepsina para la dispepsia; salicilato para el reuma, y jarabe... para no vomitarlo, y se vendía firmado, como producto original del farmacéutico: *Específico bronqu Coastomacal antiúrico del doctor Pérez Gutiérrez*.

Lo mismo puede hacerse en este otro dominio de la dramaturgia específica. El adaptador fidelísimo tendrá en su contra un sin fin de dificultades y no podrá además apropiarse lo que haga; en cambio, del otro modo, todo el campo será suyo y podrá firmar como propio lo que... adapte. Se hace mucho. Es una clase de adaptación conocida con el nombre de... adaptación al medio.

La interpretación, excelente: Margarita Xirgu tuvo, en los momentos de apasionamiento de la obra—en el encuentro con Santacruz y en la escena última del drama—, aciertos de magnífica actriz: dos faenas de bandera. (Empleemos los términos taurinos, ya que la terminología intelectual está en descrédito.) También Luisa Puchol fué la encantadora y buena actriz de siempre, y Josefina Santaularia coadyuvó al acierto en unión de la Santa.

Maximino realizó espléndidamente el tipo de clérigo, y Muñoz, Bruguera y demás, los suyos respectivos. La "puesta en escena" muy bien puesta, gracias a la escenografía inteligente de Salvador Bartolozzi y la asesoría no menos ídem de Cipriano Rivas Cherif.

La importancia de llamarse Ernesto...
Polo.—Nuestro querido compañero ha estrenado, pero no hemos llegado a tiempo del estreno a la hora de cerrar esta edición, y no podemos dar cuenta del estreno en este número. Polo es, como sabemos, el rey, por parte de padre, de las palabras de doble sentido; en estos tiempos en que las palabras de la gente no suelen tener sentido, ni doble ni sencillo, esa cualidad es doblemente admirable. Pero ¿qué les vamos a decir a nuestros lectores si ya saben de sobra que Ernesto es uno de estos Polos que tanto éxito han tenido entre las gentes desde el verano pasado: un Polo de rechupete?... No hace falta, pues, que nosotros le elogiemos: ello se alaba.

MANUEL ABRIL



—¿Has visto qué romántico es el novio de Lucía?

—¡Qué va a ser romántico! Se pone así siempre que no tiene diez para la silla.

Dib. FUENTE.—Madrid.



El pequeño automovilista que, haciendo honor a la tradición, ofrece su rueda de repuesto.

(De The Humorist.)

Chistes de todo el mundo

—Te aseguro que Frank se casa contigo sólo por tu dinero, porque así puede pagar sus deudas.

—¡No lo creas! Jamás ha pensado en pagarlas.

(De Dorfbarbier, Berlín.)

—Camarero: este trozo de pollo no tiene más que piel y hueso.

El camarero.—Sí, señor; ¿desea usted también las plumas?

(De Hummel, Hamburgo.)

—Bueno, ¿qué le ha parecido mi discurso? El final ha sido muy interesante, ¿verdad?

—Oh, sí; muy interesante. Pero llegó muy tarde.

(De Il Travaso, Roma.)

El empleado.—No puedo dominarme para no dormirme en la oficina por más esfuerzos que hago. Mi hijo está en la dentición y se pasa toda la noche llorando y no me deja dormir.

El jefe.—Bueno, pues lo mejor que

puede hacer es traer al niño a la oficina.

(De Wahre Jakob, Berlín.)

—Tiene usted una colibacilosis, síndrome de las vértebras, con simple amigdalitis.

—¿Y qué es eso, doctor?

—Veinticinco pesetas.

(De Lustige Kiste, Léipzig.)

—¿Cómo es que un día estás alegre y satisfecho y al siguiente triste y malhumorado?

—Es que estoy de medio luto.

(De Nagals Lustige Welt, Berlín.)

Ella.—Tus insultos no me hacen ningún efecto. Nunca conseguirás lo que te propones.

El.—¿Y qué es lo que yo me he propuesto?

Ella.—Tú quieres que yo me vaya con

mi madre. Pero no y no. La llamaré para que ella venga aquí.

(De Ollopad, Boston.)

—Doctor, ¿por qué pregunta usted a sus enfermos lo que comen? ¿Para calcular lo que tiene que prescribirles en cuestión de alimentos?

—No; para calcular la cuenta que he de pasarles.

(De Der Lustige Lachse, Léipzig.)

El paciente.—¡Cinco pesetas por sacar una muela! Gana usted el dinero con mucha facilidad. ¡Cinco pesetas por unos cuantos segundos de trabajo!

El dentista.—Si usted quiere puedo hacerlo más despacio.

(De Der Wahre Jakob, Berlín.)

—Eres muy raro. Acostumbras a salir todas las noches de casa, y ahora que tu mujer está de viaje, no sales en todo el día.

—Claro, sería un tonto en salir, ahora que tengo la oportunidad de ser el amo en mi casa.

(De Dorfbarbier, Berlín.)



El hombre del bigote verde

Por TRISTAN BERNARD

I

Paquito cuenta diez años de edad. En el barrio que habita goza de gran renombre, porque es bueno, tranquilo, atrayente, y, sobre todo, por su cara linda y sus finos cabellos rubios, que le hacen semejar a un ángel enviado por Dios al colegio de niños de la calle de Poissy.

Paquito es hijo único de un vendedor de colores alsaciano, el señor Augusto Aufmerksam. El señor y la señora Aufmerksam adoran a Paquito, y todos los años, el día 24 de diciembre suelen tener la satisfacción de recorrer bazares y librerías con el fin de resucitar en la siguiente mañana la leyenda del buen Noel, que Paquito escucha aún con ingenuos ojos y encantadora credulidad, que no ha podido empañar la impiedad de los instructores primarios.

Este año, mientras la señora Aufmerksam cuidaba del almacén de colores, el papá realizó una provechosa expedición a París y volvió cargado de regalos preciosos.

Una pequeña fragua eléctrica.

Una máquina de triturar piedra, en miniatura, que funcionaba por medio de aire comprimido.

Y dos hermosos libros encuadernados lujosamente, novedades de laño: "Viaje de dos niños bretones a través de Ucrania" y "Los fabricantes de esmalte fundido".

Al llegar la noche, condujeron a Paquito a su dormitorio. El niño abrazó a su papá y a su mamá, preguntando:

—¿Es esta noche cuando viene el buen Noel?

Papá mira a mamá. ¡Hum! ¿Vendrá Noel? ¿Paquito ha sido bueno durante el mes? En fin, eso se sabrá mañana.

II

Una hora más tarde, una sombra discreta entra en el dormitorio. ¿Quién alza la placa de la chimenea? ¡Misterio! Paquito duerme tranquilamente. El papá, pues bien pudiera ser éste el intruso, sale del cuarto. A continuación se oye ruido en la habitación inmediata. Es que el papá y la mamá se acuestan. El ruido cesa. Papá y mamá duermen.

III

Entonces Paquito se levanta, enciende la luz, y yendo junto a la chimenea alza la placa. Hace un rápido inventario:

—¿Los dos libros? Lo menos me darán cuarenta céntimos por cada uno en la tienda del Pasaje. La fragua eléctrica vale un luis. Conseguiré por ella cuatro francos. Por la máquina de aire comprimido, dos francos. Total: diez francos. El caballo "Octavio II" ganará seguramente en las carreras del domingo. Yo haré que mi dinero se lo juegue, en mi nombre, un chico del bar.

Una vez meditado esto, coge juguetes y libros y los esconde en el fondo del cesto de la ropa sucia. Como hace cinco días que no ha venido la lavandera hay una gran cantidad de ropa amontonada.

Antes de meterse en la cama, Paquito carga de tabaco una pequeña pipa, dando algunas chupadas. Después se duerme tras pegar algunos ronquidos.

IV

Al día siguiente, cuando el papá y la mamá entraron en la habitación, un espectáculo terrible se ofreció a sus ojos. Paquito aparecía rígido sobre el lecho, los párpados abiertos, la boca contraída...

—¡Papá! ¡Mamá! Ha ocurrido una

cosa espantosa... Figuraos que un hombre negro, con bigote verde, ha venido por la chimenea. ¡Yo le he visto, pues la placa se ha levantado sola! Tenía ojos que lanzaban llamas! ¡Cogió todas las cosas, desapareciendo en seguida!

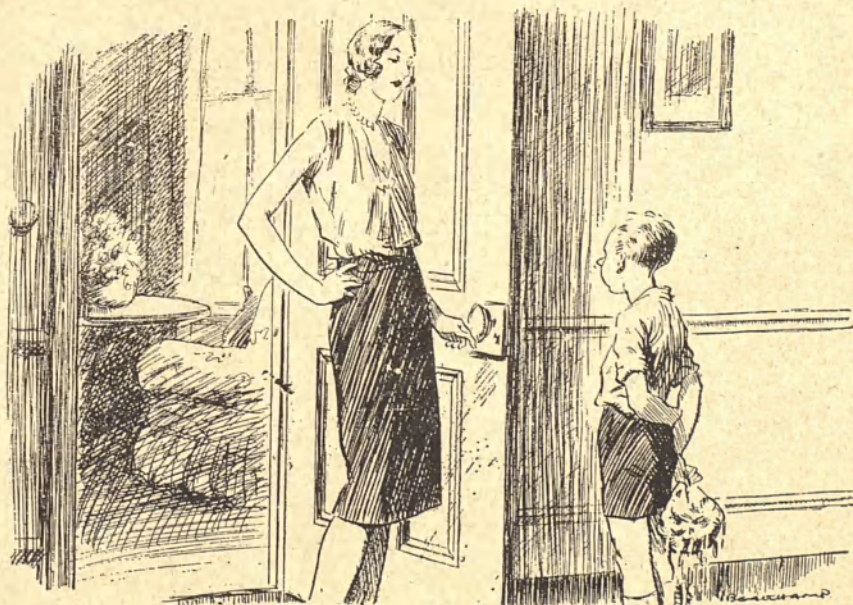
El señor y la señora Aufmerksam corren a la chimenea. ¡Nada de juguetes ni de libros! ¡Sólo quedan los zapatos! Un olor a humo, quizá de pipa, se percibe en la habitación.

Paquito está desconsolado por haber perdido sus juguetes. Su padre le da, para confortarle, un hermoso luis de oro. Este luis, añadido al producto de la venta, permite al niño apostar treinta francos por "Octavio II".

V

Por otra parte, "Octavio II" no llegó el primero, pues la mentira y la desobediencia son siempre castigadas.

Pero la historia del hombre del bigote verde, propagada con terror por los señores Aufmerksam, llena de pánico a todos los papás y a todas las mamás del barrio de San Víctor.



—Mamá, ¿qué vas a hacer con los huevos que me has mandado comprar?

—Una tortilla.

—Bueno...

(De The Passing Show.)

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte*, aunque al publicarlo se agregue el nombre del autor, si no un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes."

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

El padre.—Pero, Luisito, ¿cómo es que no aprendes nada en el colegio, con lo bien que explican las hermanas?

Luisito.—Pero, papá, si a las mujeres no hay quien las entienda.

J. P. V. (Ain-Zora).

—¿Cuál es el colmo de un vegetariano?

—Casarse con una niña "jamón"; porque si le gusta, se la come a besos, y si no, tiene que tragarla.

Justo Urbistondo (Madrid).

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

—¡La bolsa o la vida!
—Les advierto que acabo de perder en la ruleta hasta el último céntimo que me quedaba.
—Bueno, pues haga usted el favor de quitarse ese vicio, porque nosotros no estamos aquí para perder el tiempo...

Caruso (Meira).

LA HORRA

Presenta las últimas creaciones en sombreros para señoras y niñas.

FUENCARRAL, 26, y
MONTERA, 15, primeros

La mejor casa de España en su género



El campeón de saltos que entra en el paraíso...

(De London Opinion.)

Entre andaluces:

—Mira: yo me he casao seis veces, y aquí me tienes.

—Eso no es nada para mí; yo he tenido más de veinte esposas.

—¿Y cómo te has arreglado para tener tanta esposa?

—Pues mira, cada vez que me cogían los guardias.

Gerardo López (Madrid).

Un aspirante a maestro normal, por mala fortuna, tiene que hacer de peón de albañil.

El albañil (ya en la obra).—
¡Señor, todos los ladrillos me los trae rotos! ¿No hay ninguno entero?

—No, señor, no; todos son decimales.

L. Sibrana (Alhucemas).

—Mamá, ¿vamos mañana a los funerales de la marquesa?

—¡No, de ninguna manera! El domingo a los toros, el jueves al "cine", anoche al teatro... ¿Todavía quieres ir a los funerales? ¡No piensas más que en divertirme!

Arsenio Vinagre (Madrid).

Casa de las Pantallas

Preciosas, desde 2 pesetas. Aparatos de comedor cuya luz facilita la digestión, desde 18 pesetas. Sólo los tiene Romero.

ROMERO.—Fuencarral, 68.

Un inquilino que por su situación no puede pagar el alquiler de la casa, es llamado por el dueño y le dice:

—Llevaremos la carga a medias. Haga usted cuenta que olvido la mitad de lo que me debe.

—Agradezco su atención, y queriendo corresponder a ella yo olvido la otra mitad y así... ya estamos en paz.

Cortiguera (Vigo).

CANA



Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos á su color primitivo á los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha ni la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. La caspa desaparece rápidamente. Cuidado con las Imitaciones. De venta en todas partes

LABORATORIO CASPE 32 BARCELONA

En clase:

—Este dedo se llama auricular porque es el que suele meterse en los oídos. ¿Comprendes?

—Sí, señor.

—¿Y éste?—pregunta el profesor enseñando el índice.

—Pues ese... el "narizcullar".

Sin. Ver. Güenza.
(Barcelona).

La mamá.—Ten presente, hijito, que un ángel está a tu lado constantemente vigilando tus menores actos.

El niño.—Mamá, no seas tan vanidosa.

Benjamín López (Madrid).

Noche de sábado:

El marido, beodo, entrando en su hogar.—¡Eh! ¡La vida es alegre!

Su mujer.—¿La vida es ale-

gre? Pues nuestro hijo tiene la tos ferina y la pequeña la apendicitis.

El marido.—¡Claro, mujer; ocurrencias que tenemos todos! También yo hace unos momentos era bailarín de charleston.

Ardura y Múgica.

En la prueba de aerostación, uno de los globos llevaba una marcha muy lenta; y, en vista de ello, dijo el piloto al observador:

—Tírate, que el globo necesita aligerar el peso.

—Pero ¿cómo voy a echarme así, sin paracaídas?

—No importa; coge el botiquín y tírate, porque en él llevas yodo, y el yodo es para caídas...

Hércules (Enguera).

—¡Pobrecillo! Hace un año dijo: "Ahorrad dinero para mi entierro. Id llamando a la Funeraria..."

—¿Y cómo no llamaron a un médico?

—No sé. El difunto era doctor en Medicina.

Ardura.

La taquillera del "cinema" era muy lacónica, y a uno que se acercó a preguntar qué película hacían, cuántas partes proyectaban y a qué hora empezaba la función, contestó con estas palabras:

—A las nueve.

Y es que, en efecto, eran nueve las partes que habían de pasar, a dicha hora empezaba el espectáculo y además la película era "Alas".

Hércules (Enguera).

CUPON

correspondiente al núm. 465 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

En una Agencia de colocaciones:

—¿Tiene usted colocación para mí?

—¿De qué?

—De cualquier cosa.

—¿Le conviene de jardinero?

—¿Cómo ha de convenirme dejar dinero? Lo que yo necesito es que me lo den.

Sin. Ver. Güenza.
(Barcelona).



—¿Y su marido, doña Nicasia?

—Está mucho mejor desde que el médico le ha dicho que queda inútil para el trabajo.

(De The Humorist.)



Correspondencia muy particular



R. C. H. (Madrid).—Su trabajo presenta el morrocotudo inconveniente de que, como no podemos comprometernos a publicar los artículos espontáneos en fecha fija, podría éste perder todo su oloroso perfume de actualidad a poco que durmiera en el cajón.

Rozes (Madrid).

Por ese camino, Rozes acabará dando coces.

C. P. L. (Burgos).—Sus inesperadas y furibundas "Estupideces rimadas" han tenido la excepcional suerte de hacernos reír unas miajas. Por lo tanto, entran en turno para su publicación más o menos inminente.

M. L. D. (Huesca).—Ni ujier se escribe con hache, ni la capital del Perú es El Callao, ni la tabla de multiplicar la inventó Arquímedes, ni en España se llama cuadra a una manzana de casas. Aquí llamamos cuadra a un confortable lugar en el cual se encontraría usted como en su propio domicilio... ¡Qué digo como en su propio domicilio! ¡¡Muchísimo mejor!! ¡¡Lo que se dice como el pez en el agua cristalina!!!...

T. H. B. (Zamora).—No puede ser.

P. C. N. (Madrid).—Es una solemne birria, que no seríamos capaces de publicar ni aun contando con el benévolo permiso de la autoridad competente.

Caporal (Leganés).

¡Con qué gusto, Caporal, voy a llamarte animal!...

T. V. Q. (Salamanca).

Lo de usted nos desagrada de un modo definitivo.
¡Sí, amigo! Eso de "El recibo" es una mentecata.

El valenciano del puesto de higos de la esquina (Madrid).
Su artículo, tierno amigo,

¡ay de mí!, no vale un higo.

Y si los higos que usted vende son como esa muestra, está usted catastróficamente apañado.

Mier (Badajoz).

Su cuento cochino me echo a la cara; y, al leer, veo bien que usted lo ha hecho: ¡es una cosa de Mier!...
¡Pero, vamos, no hay derecho! ¡¡Qué ha de haber!!

E. M. M. (Zaragoza).—Los versos son más guasones de lo que nos recomienda el médico que toleremos, y el final es de una dureza "culinaria" (no lo sabemos decir de otra manera) imposible para los ingenuos y purísimos oídos de nuestros pudorosos lectores.

P. Q. (Barcelona).—El número-almanaque lo tenemos ya totalmente y categóricamente comprometido.

Irigoyenista (Buenos Aires).

Ese soneto a Germana es una linda "macana".

A. L. B. (Madrid).—Usted pone a Job en la Redacción de este semanario, le manda usted eso para que lo lea, y Job se enfada muy en serio... ¡Me juego el hígado!...

B. T. C. (Pamplona).

¿"Usté" a BUEN HUMOR de revista disoluta? [diputa]
¡Pues bien: yo a "usté" le [diputo de solemnísimo bruto!

Y diputados ambos de lo que hemos creído conveniente diputarnos, ¡ni media palabra más!... Y digo que ni media palabra más porque ahora en España los "diputados" no hablan nada, como usted habrá podido observar.

Lorenzo (Madrid).

Bueno, ¿y cómo le convengo

de que es un bestia a Lorenzo?

Porque él se ha empeñado en que es un Mariano de Cavia con vistas al campo, y no hay quien le saque de ese lamentable lío.

T. L. C. (Valladolid).— Su cuento corto (tan corto, que no es nada) no nos sirve para nada.

Bibiano (León).

Querido y noble Bibiano: eres la mar de marrano.

Copérnico (Murcia).— Otra vez será... Porque usted repetirá, ¿verdad?... Se le conoce a la legua que ha nacido usted para fastidiar a la gente...

H. Q. V. (Valencia).

Su cuento "El pelo se riza" no se merece otra cosa que una estupenda paliza contundente y espantosa.

C. A. B. (Ávila).—Ninguno de sus cinco originales (¿?), majestuosamente escritos con lápiz, creemos que deba merecer el honor incalculable de perpetuarse en estas sonrientes columnas.

D. B. S. (Bilbao).—Ni cabe en el periódico ni cabe estupidez más enorme.

R. S. M. (Sevilla).—Publicaremos la composición. El artículo en prosa no nos acaba de convencer.

J. P. A. (Madrid).—Los chistecillos son relativamente salerosos, pero el dibujo es un desastre descomunal.

P. M. S. (Toledo).—¡Es usted un villano y un tal y un cual!... ¡Eso no se hace!... ¡Y si por una casualidad lamentable se hace, no se manda a un periódico!...

L. R. S. (Cuenca).

Esos versos a Lucía son una cursilería...
De modo que no hay tu tía.



—Después que la devolví el bolso que había perdido, me dijo: "Toma, para que te tomes una taza de café".

—¿Y qué te dió?

—Dos terrones de azúcar.

(De Candide.)

CREMA LIDA

RECONSTITUYENTE

NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE LIDA, PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO, HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA. DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA.—HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DEPRESIONES FACIALES.—SUAVIZA LA PIEL CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA.—BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIENESTAR.—ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTemperie

Pedid folletos explicativos

DEPOSITARIO
URQUIOLA-MAYOR.1
MADRID

Compañía General de Artes Gráficas.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



—¿Olvida la señorita que mañana es el santo de su íntima amiga, la señorita de Zarzal?
—¡Ah, es verdad! ¿Cuánto calculas tú que costaría lo que ella me regaló por mi santo?

Ayuntamiento de Madrid

Dib. PICO.—MADRID